

La Corte de Felipe III en Valladolid



MEMORIA

leída para recibir el grado de Doctor en Filosofía y Letras

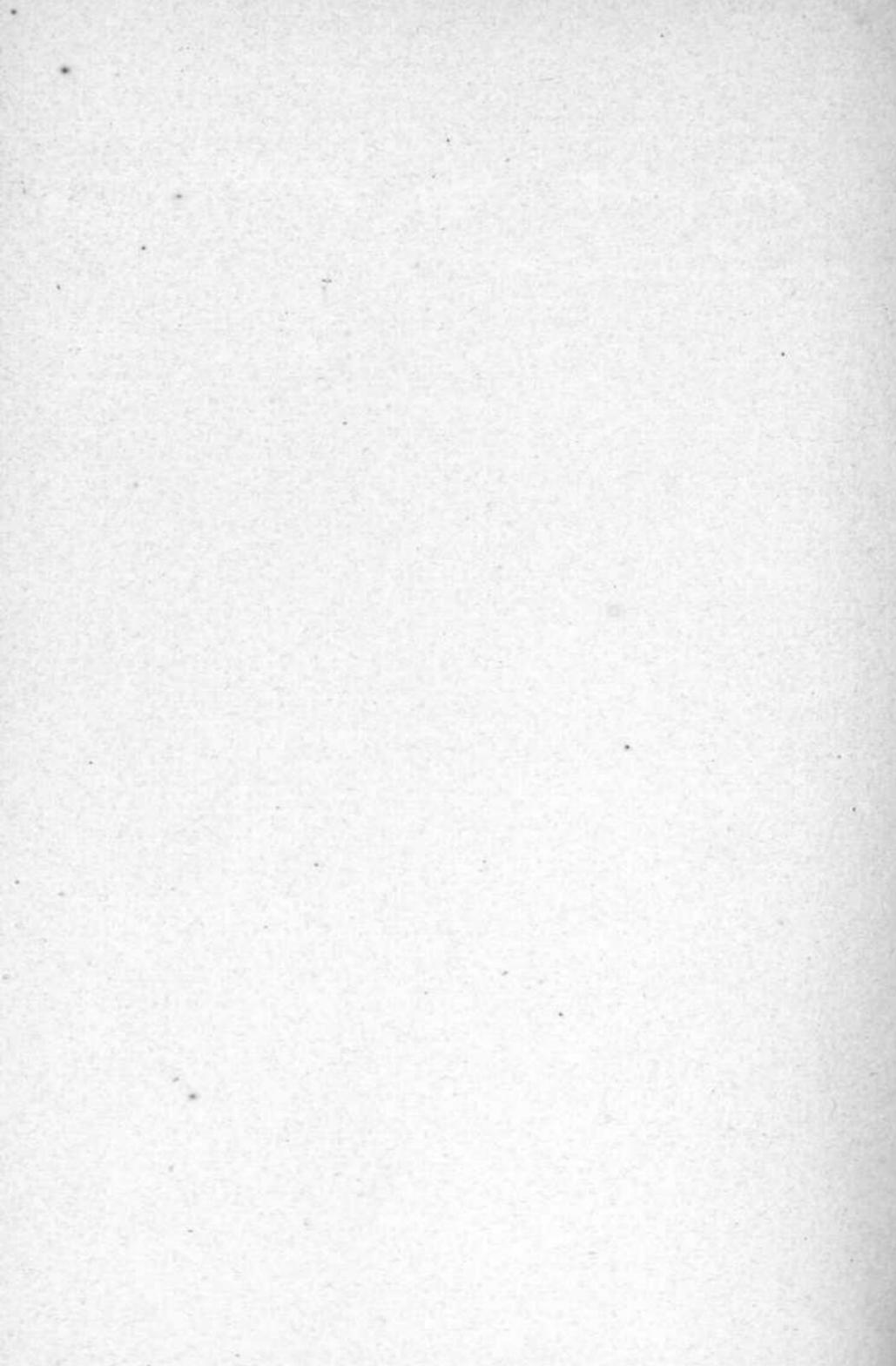
POR

Narciso Alonso A. Cortés



VALLADOLID
Imprenta Castellana
Duque de la Victoria, 31

1808



Al noble D. Jorge Guillén, muy
afectuosamente

Vicente Alonso Galdá

LA CORTE DE FELIPE III EN VALLADOLID

R6.5470

NARCISO ALONSO A. CORTÉS

La Corte de Felipe III en Valladolid



VALLADOLID
Imprenta Castellana
Duque de la Victoria, 31

1908

I

Valladolid al comenzar el siglo XVII.—Rumores sobre el traslado de la corte.—Visita de Felipe III á Valladolid.—El Duque de Lerma, partidario de Valladolid.—Recibimiento hecho á los Reyes.—El Duque de Lerma, regidor perpétuo.—El asunto de los millones.—Valladolid en fiestas.—Viajeros ilustres.—El juramento de paz con Francia se demora.—Los Reyes regresan á Madrid.—Decrétase el traslado de la Corte á Valladolid.

Quien, al comenzar el siglo XVII, visitara el recinto de Valladolid, no creería que aquella ciudad era la misma que años antes, pobre y exhausta, padecía bajo los horrores de una asoladora peste. Verdad es que en 1595 los maestros Medina y Mesa, en sus *Grandezas y cosas notables de España*, decían que Valladolid era «pueblo de encantamento, que á quantos forasteros entran en él, les encanta y enamora, de tal manera que ninguno querría salir dél, y todos á una voz le loan de ser el mejor, más regalado y apazible que han visto, loándole todos más que á sus mismas tierras, sin hallarse solo uno que repugne á esta voz común de quantos le han visto, principalmente auiendo estado en él despacio»; pero no es menos cierto que una serie de circunstancias adversas tenía al noble pueblo de Ansúrez decaído y postrado. Y, sin embargo, momentáneamente recobraba animación y vida, al solo gesto amable de un monarca y de sus adláteres.

Al morir Felipe II en 13 de Septiembre de 1598, Valladolid mostró profundo sentimiento. Y tal prisa se

dió el Municipio en comunicar al público la noticia, antes de que ésta llegase oficialmente desde la corte, que los oidores de la Chancillería vieron en ello una falta de respeto, é hicieron apresar al escribano mayor Gómez Fanega y á los alguaciles encargados del pregón (1). El tercer Felipe fué proclamado en Valladolid, terminadas las exequias por su padre, el 8 de Noviembre del mismo año, llevando el estandarte D. Pedro de la Gasca, obispo de Palencia; y poco tiempo después el nuevo monarca confirmaba á la ciudad del Pisuerga en todos sus privilegios.

Siguióse para ella una temporada de desdicha con la devastadora epidemia que tantas vidas arrebató. «En este tiempo—dice Marina de Escobar en párrafos citados por Sangrador y Ortega—iba muriendo en la ciudad mucha gente de peste, de modo que casi setecientas personas morían cada semana, unas semanas más y otras menos, sin la muchísima gente que en los hospitales moría cada día.» La venerable mujer que así hablaba acudió solícitamente, por cierto, en socorro de los enfermos, y afirma su panegirista el P. Andrés Pinto que realizó un milagro en la persona de un religioso jesuita (2).

Pero la desdicha no es eterna, y aquellos pesares se trocaron bien pronto para Valladolid en alegrías. Con la desaparición de la epidemia, comenzó á susurrarse

(1) Hay que confesar que los oidores de la Chancillería pecaban de quisquillosos, velando exageradamente por las prerrogativas que daban al citado tribunal el primer puesto en todos los actos públicos. A cada paso suscitaban cuestiones de etiqueta, ya con el Municipio, ya con la Universidad, etc. Y mientras se ocupaban en tales minucias, ocurría que el obispo de Palencia se quejaba á Felipe II (1578) de que los oidores de Valladolid eran mozos ocupados en tertulias y juegos, y reclamaba un remedio inmediato (*Biblioteca Nacional*, ms. Cc. 76, sig. ant.).

(2) «Breve noticia de la vida y muerte de la Venerable Virgen doña Marina de Escobar...» Edic. de Valladolid, por Pablo Miñón, año 1800. Pág. 255.— En el archivo parroquial de la Antigua he encontrado la partida de bautismo de un hermano de doña Marina, que copio á continuación: «Juan hijo del D. diº de Escobar.—En veinte y nueve de henero de 1568 años yo urban de villoslada cura de la antigua bautice a Juan hijo del Doctor diego descobar y de doña Margarita montaña. fueron padrinos diego Rodriguez y geronimo gonzalez, abogado santiago.—Urban de Villoslada cura.» (*L. de bautismos de 1500 á 1586, f. 126*). Doña Marina de Escobar fué nieta del famoso cirujano Bernardino Montaña de Monserrat.

una noticia que llenó de alegría á los vallisoletanos. Cabrera de Córdoba se hace eco de ella en sus *Relaciones*: «Dícese— escribe á 1.º de Enero de 1600—que se platica de mudar la Corte á Valladolid, por haber tantos años que los reyes no visitan aquella tierra, la cual padece grande necesidad, y parece que con la presencia de sus Magestades se repararían muchas cosas en aquellas partes, y también que dicen los médicos que conforme la complexión de S. M. es más apropósito para su salud que esta, aunque también hay otras causas en contrario; pero si la enfermedad de las secas, que ha andado en este lugar los otros años pasados, volviese, se tiene por cierto se tomará resolución en la mudanza.»

Matías de Novoa, en sus *Memorias*, también entiende que la causa de trasladar la corte á Valladolid era el deseo de socorrer las necesidades de la comarca castellana, que desde mucho tiempo antes atravesaba por una crisis lastimosa. Y, sin embargo, la verdad es que había otro motivo muy poderoso. Los procuradores en Cortes habían concedido al monarca 18 millones en seis años; pero para que el acuerdo tuviese eficacia, se necesitaba que lo confirmasen las 18 ciudades con voto. Todas ellas se mostraban rehacias, y se trataba de ver si Valladolid, halagada en aquella forma, rompía el hielo, para que las demás la imitasen.

Los rumores del traslado causaron en Madrid, como es de suponer, una enorme alarma; con impaciencia se esperaba la resolución de los Reyes. Pero éstos y sus consejeros procedían con suma cautela, sin dejar traslucir sus propósitos, y era de ver las atormentadoras dudas de los madrileños, que tan pronto se creían despojados de la Corte como se consideraban seguros en su posesión (1). Anuncióse un viaje de los Reyes á Valladolid, pasando por varias ciudades; y si bien los pesimistas lo atribuyeron á un próximo traslado definitivo,

(1) El propio Cabrera refleja estas perplejidades. «La plática que andaba de que la Corte se había de mudar á Valladolid—dice á 4 de Febrero,—se tiene por cierto que se ha suspendido, y que por agora se quedarán aquí los consejos, con que estarán contentos los cortesanos del desgusto y costa que les causaría la mudanza de Madrid, allende de los grandes daños que recibía dello esta villa porque sería su total destrucción y ruina.» «... Aunque se había dicho irían [los Reyes] á Valladolid—escribe á 6 de Mayo—han mudado de parecer por la sospecha que hay de poca salud en aquella ciudad; y así la mudanza que se decía de la Corte á ella, no se hará ni se había ya en ello...»

no faltó quien creyera que el Monarca sólo trataba de persuadir personalmente á los municipios para la concesión de los millones.

Salió la Corte del Pardo á principios de Junio; detúvose en Segovia, en Salamanca y en Medina del Campo (1); y después de breve estancia en Tordesillas se encaminó á Valladolid. El éxito del viaje, en lo referente al servicio de millones, no pudo ser más feliz, como se vió más tarde.

El Municipio vallisoletano, en sesión 12 de Junio, trató ya de los preparativos para recibir dignamente al Monarca (2). Este, por carta del Conde de Miranda, que se recibió en 4 del mismo mes, mostró su deseo de que «los gastos del recibimiento sean moderados» (3) recomendación que ya había hecho á las otras villas y

(1) De la brillantez con que los reyes fueron recibidos en Medina da testimonio Juan López Ossorio en su *Historia*, publicada recientemente por don Ildelfonso Rodríguez y Fernández. Sobre su estancia en Salamanca, pueden verse los donosos *Diálogos de apacible entretenimiento* de Gaspar Lucas Hidalgo, donde se da cuenta de unos gallos celebrados con tal motivo. Hay también una anónima *Relación de la entrada del Rey don Philippe terçero nuestro señor, en la ciudad de segovia, el año de mill y seisçientos*.

(2) La Universidad, con fecha 20 de Junio, también trató de este asunto. (*Arch. universitario. L. 5.º de claustros, f. 49 y sigtes.*)

(3) La carta decía así: «Su magd. piensa hir a essa Ciudad y es serbido que los gastos del recibimiento sean moderados y que las ropas de los rrejidores nolleben tela ni horo sino que sean de terciopelo, afforrados en tafetan, y el palio sea ansi mismo de terciopelo sin que lleue mas que las goteras de tela.—Vmd lo dirá a la ciudad para que esto se ponga en ejecucion y que no se aga otro gasto ninguno. Del dia de la entrada se abisara despues, pero bien sera questen aperceuidos para quando ubiere de ser, y el señor duque de Ierma abisara del dia. Guarde dios á Vmd. de madrid honce de Junio de mill y seisçientos años.—El conde de Miranda.» (*Arch. del Ayunt. L. de Acuerdos de 1600. s. f. Sesión de 4 de Junio.*)

Por de pronto, y á la vez que se comisionaba á dos regidores para que fuesen á besar las manos al rey, acordóse hacer las ropas y palio en la forma mandada; pero en la sesión siguiente se resolvió que fuesen mejores, á gusto de la ciudad. En la del 17 de Junio se determinó «la forma que an de ser los bestidos de los ss Corregor y Rejidores y Tinientes y los demas oficiales y de que colores y lo que se a de dar a cada uno», así como que se hiciera el palio «de terciopelo carmesi con goteras de tela de brocado lo mejor que se allare con la flocadura de horo y seda.»

Todas las sesiones siguientes, hasta la llegada de los reyes, se dedicaron á los preparativos del recibimiento.

ciudades; pero, no obstante esta advertencia, se acordó encargar lujosas ropas para el Corregidor y Regidores, así como lucidos atalajes para los caballos. Con fecha 3 de Julio se determinó ofrecer á S. M. «de hacerle una rreal casa en el sitio parte y lugar y de la manera que su mag^d fuese seruido.» Hábil manera de atraerse las preferencias del rey Felipe.

Desde Medina del Campo dirigió el Rey una carta al Ayuntamiento vallisoletano, que, auténticamente, es como sigue:

«El Rey.—Concejo, justicia y rregidores, Caualleros, escuderos, oficiales y ombres buenos de la muy noble ciudad de Vallid—essa mi ciudad y sus naturales entre todos mis vasallos sienpre se an aventajado tanto en servir a los s^s rreyes mis proxinitores de gloriosa memoria, que an merecido muy particulares fauores y mercedes, y estimando os yo quanto vuestra gran fidilidad y amor meresee, e acordado de aceros la de vesitar essa mi ciudad juntamente con la rreyna mi muy cara y amada muger de que he querido avisaros por el gran contentamiento que sé que general y particularmente aueis de rreseuir de que espero os mostrareis tan agradescidos como se deue a la que os ago y en lo demas me rremito a lo quel duque de lerna y el Conde de miranda os an escripto y escriuiran—de medina del Campo a tres de Jullio de mill y seiscientos—yo el rrey» (1).

En sesión de 5 de Julio, los regidores, después de besar esta cédula y de colocarla respetuosamente sobre sus cabezas, acordaron que para manifestar el contento de la ciudad por tan señalada merced, el Corregidor y cuatro regidores fuesen á besar las manos á sus majestades, cuando estuviesen en Tordesillas. A lo cual se añadió, con fecha 8 del mismo mes, que habida cuenta de que «el Señor duque de lerna gustara de ser rregidor desta, de lo qual se le siguira tanto beneficio y autoridad... el Señor Corregidor y Caualleros rregidores Comisarios que van a besar las manos de su mag^d a la villa de Tordesillas, de parte della le segnifiquen el sumo contentamiento questa ciudad terna de que sea su rregidor» (2).

(1) *Archivo del Ayuntamiento de Valladolid=Libro de Acuerdos del año 1600, f. 97 v.º*

(2) *Id. id., f. 101.*

El Duque de Lerma era precisamente, y bien lo entendía así la ciudad, quien había formado sobre el asunto propósitos firmes, y á quien en definitiva se debía todo aquel movimiento. Sus simpatías hacia Valladolid eran manifiestas, y no se ocultaban á los partidarios de Madrid. Estaba ya edificando una casa junto á la Puerta de San Juan, para la cual el Ayuntamiento habíale concedido terrenos. Así es que cuando los comisionados le comunicaron el deseo de nombrarle regidor, contestó —y así lo transmitieron ellos al Ayuntamiento,—que lo deseaba «tanto, y que gustaría de parte desta ciudad se suplicase á su m^d» (1). Más adelante dió á conocer su afición á Valladolid de modo más claro, comprando al Marqués de Camarasa su magnífico palacio de la Corredera de San Pablo y emprendiendo en él obras costosísimas, tomando el patronato de la iglesia de San Pablo, y, en suma, demostrando ostensiblemente siempre que había ocasión su decidido propósito de afincarse en la ciudad del Pisuerga.

El miércoles 19 de Julio entraron los Reyes en Valladolid. El recibimiento se hizo de acuerdo con las instrucciones dadas por el duque de Lerma al Corregidor don Antonio de Ulloa (2); pero sin atender gran cosa al deseo manifestado por el Rey de que los gastos fuesen pocos (3). Constan en los libros del Municipio todos los detalles del recibimiento, que he de trasladar aquí con alguna minuciosidad.

(1) *Archivo del Ayuntamiento de Valladolid=Libro de acuerdos del año 1600, f. 103 v.º*

(2) Este don Antonio de Ulloa, corregidor de Valladolid hasta 1602, hombre altruista que durante la peste consumió en limosnas el patrimonio de sus hijos y la dote de su mujer, dejando al morir numerosas deudas, fué tío del notable poeta don Luis de Ulloa Pereira, y no padre, como supuse en mis *Noticias de una Corte literaria*.

(3) Para atender á estos gastos, el Municipio constituyó varios censos, entre ellos el siguiente: «Censo de 2.000 ducados contra la ciudad y sus regidores como particulares para el recibimiento de S. M., á favor de Pedro López de Arrieta, por su curador D^o de Mudarra.» Comprométense al pago, en virtud de poder dado á Jerónimo de Quintanilla, mayordomo de obras, y á Simón de Zerbatos, mayordomo de propios y rentas, los regidores Alonso de Verdesoto, Diego Mudarra, Pedro López Enríquez, Luis de Espinosa, Jerónimo de Villasante, Cristóbal de Cabezón, Diego de Aranda, Alonso de Vallejo, Diego Nuño de Valencia, Juan María de Milán, Acacio y Antolinez de Burgos. Este censo subsistía en 1678. (*Bib. de Santa Cruz. Ms. Sala, caj. 3.º*)

Desde el día 18 por la noche, los Reyes estaban en las casas de don Bernardino de Velasco, fuera de la Puerta del Campo. El miércoles 19, entre nueve y diez de la mañana, fueron á besarles las manos el Presidente y oidores, alcaldes, fiscales y demás funcionarios de la Chancillería, los individuos del Colegio del Cardenal, la Universidad y los inquisidores y fiscales del Santo Oficio, estos últimos con encomiendas blancas y negras de la orden de Santo Domingo.

Por la tarde, á las dos, cumplieron igual cometido el Prior y Cabildo de la Iglesia Mayor, no asistiendo el Obispo por hallarse enfermo en cama. El Ayuntamiento se reunió en el monasterio de San Pablo, con los alguaciles, maceros, escribanos y mayordomos, todos ellos lujosamente vestidos. Los regidores llevaban «calças de rraso blanco con telas de oro fino, jubones de lo mismo, queras de rraso blanco acuchilladas de obra, espada y daga dorada con talabartes de terciopelo, trencillas de oro, gorras de terciopelo con plumas de colores, rropas rroçagantes de terciopelo carmesí, aforradas en rraso blanco aprensado, gualdrapas de terciopelo; las guarniciones de los caualllos de lo mismo, con pasamanos, clauaçon, frenos y estribos dorados.»

Como el Almirante hubiera manifestado deseos de ir en su compañía, la corporación municipal estuvo esperando largo rato; pero al ver que se hacía tarde y no llegaba, dos regidores salieron en su busca y el Ayuntamiento se puso en marcha á las cuatro dadas. Al abocar á la Plaza del Almirante, llegó éste en una carroza, vestido de capa y gorra; colocóse á la derecha de los regidores, y la comitiva siguió su camino, hasta llegar á las casas de don Bernardino de Velasco.

Apeáronse todos de sus caballos, y subió el Corregidor á rendir homenaje al Rey, seguido de los regidores y demás oficiales por orden de antigüedad. Una vez en el aposento donde estaban los Reyes sentados bajo un dosel y con brillante acompañamiento, fueron besándoles la mano. El Corregidor se puso en un extremo de la sala, para indicar el nombre y cargo de cada uno.

Bajaron luego todos, y en sus caballos llegaron hasta la Puerta del Campo; allí, apeándose, diez y seis regidores de la ciudad tomaron en sus manos el magnífico palio fabricado al efecto. Entretanto, sus majestades avanzaron en coche hasta el Hospital de la Resurrección, «donde se subieron en su caballo y canea.»

Antes de llegar á la Puerta del Campo, el licenciado Lorenzo de Mesto, oidor de la Chancillería y Alférez mayor de la ciudad, salió á recibirlos con varios regidores y los escribanos mayores del Ayuntamiento, «y Juan de Salcedo el más antiguo con una fuente de plata sobredorada y en ella dos llaves de plata fina de a quarta cada llave.» Mesto significó á los Reyes que la ciudad recibía gran contentamiento con su llegada, y que «le éntregaban las llaves della a su m^d.» El monarca contestó mostrándose reconocido á sus vasallos, y dijo que «las llaves siguieran guardándose como hasta allí.»

Los reyes, á caballo, pusiéronse bajo el palio; precedíanlos muchos nobles, cuatro reyes de armas y el Duque de Lerma, con el estoque desenvainado.

Todas las casas estaban muy bien arregladas y entoldadas, y calles y plazas sembradas de yerbas y flores. En la Platería, los plateros presentaron «ricos aparadores de piezas de plata y oro de mucha riqueza.» Cabrera dice, como detalle no consignado en los libros del Ayuntamiento, que «estuvo la duquesa de Medina, mujer del almirante de Castilla, en una ventana con otras señoras, para ver pasar á sus Majestades, los cuales la hicieron la cortesía que se debe á su cualidad.»

Llegando á la Iglesia Mayor, se apearon sus majestades «y entraron en el tránsito que ay de la puerta del león asta la yglesia, donde estaua el prior y cabildo y un sitial de brocado y al pie dél sus almoadas donde se yncaron de rodillas sus majestades y adoraron la cruz.» A continuación, con acompañamiento de música y cantando el *Te Deum*, los llevaron á la capilla mayor, donde rezaron breves instantes; y, últimamente, saliendo de la iglesia, se encaminaron con todo el séquito al palacio del conde de Benavente, en el cual tenían dispuesto alojamiento (1).

En los días siguientes dió comienzo la variedad de fiestas y diversiones. Los regidores vallisoletanos no se daban punto de reposo en la organización de toros,

(1) Arch. del Ayunt. L. de Acuerdos 1600, s. f. En el ejemplar duplicado que hay de este libro de acuerdos, como de otros, se agregan algunos detalles.

Gayangos cita, del *British Museum*, una relación con el siguiente título: *Entrada pública que hicieron en Valladolid el Rey don Phelipe III, y la Reyna doña Margarita, nuestros señores, el año de 1600.*

cañas, sortijas y encamisadas, como puede verlo el curioso que recorra los libros de acuerdos del Ayuntamiento; y en su deseo de complacer al monarca, llegaron á conceder una gratificación de veinte escudos á «rrocillo, truan de sus mag.^s » Cosa muy diferente pasaba en Madrid, cuyos habitantes se deshacían en cábalas y suposiciones sobre la partida de la corte, que tenían muy próxima.

Defiriendo á los deseos de los vallisoletanos—y, justo es consignarlo, por conveniencia propia,—el Rey nombró regidor de Valladolid á su favorito el de Lerma, con el privilegio de asistir á las sesiones armado de espada y daga, de perpetuar el cargo en sus herederos, y de tener voz y voto inmediatamente después del Corregidor. Y en la sesión del 14 de Agosto tomó el Duque posesión solemne de su cargo.

En esta situación el privado podía intervenir en la discusión del servicio de millones, que tan preocupado traía á don Felipe, y aun inclinar el ánimo de los demás regidores hacia su opinión. En efecto, poniendo el asunto sobre el tapete sin dilación alguna, en la sesión del 17 de Agosto «el señor duque de lerma dijo que su boto y parecer es se aga el serbicio a su mag^d por la orden y forma que se contiene en la carta del rreino dando para ello los poderes nescesarios a los procuradores de cortes para la concesion y obligⁿ del dicho seruicio, con advertencia de questa ciudad aga memorial aparte de las demas condiciones que le parezca pedir á su magestad para el bien destos rreinos y desta republica boz e partido.»

No se aprobó la proposición con tanta facilidad como suponía el duque. El regidor-poeta Pero López de Calatayud dijo que se concediera el servicio «sin más condiciones», y Diego Mudarra añadió que debía suplicarse á S. M. «aga merced á estos rreinos que no se eche otro servicio,» en cuyo parecer le siguieron varios, sin duda porque veían que la proposición del Duque de Lerma dejaba la puerta abierta para nuevas gabelas, que probablemente no se harían esperar. Juan Alvarez Soto opinó que el servicio se sacara solamente de la sisa del vino y aceite en la octava parte, en lo cual le apoyó Juan María de Milán. Por último, el Duque, «rregulando su boto, dijo que se conforma con el boto del señor don Fran^{co} de los rrios», quien, llevado de un decidido entusiasmo realista, había abogado porque el servicio se

otorgara con toda amplitud, «y que si su hacienda fuera bastante para suplir la necesidad que el rey tiene, la diera.» Al fin los regidores votaron como el Duque pedía, con la excepción de Soto y Milán, que se atuvieron á lo dicho; y terminada la sesión pasaron á palacio, para que el rey, agradecido, les manifestase su complacencia (1).

Ya estaba resuelta una parte muy principal del problema. Abierto el camino por Valladolid, era de creer que las demás ciudades siguieran su ejemplo; y, en efecto, así lo hicieron bien pronto Toro, Burgos, Murcia, Avila, Madrid, Córdoba, Toledo y Guadalupe.

El 30 de Julio entró en Valladolid el embajador de Francia, marqués de Rocaport, y días después el archiduque Maximiliano de Austria. Este último, durante su breve estancia, fué obsequiado con fiestas y regalado con joyas. El primero, que venía con objeto de jurar la paz de Vervins, concertada entre Felipe II y Enrique IV, también obtuvo espléndida acogida; pero ni pudo cumplir su cometido sin dilaciones y obstáculos, ni regresó á Francia sin que llegaran á su oído diversas pruebas de que en la opinión pública aún quedaba residuo de las pasadas querellas. Por de pronto, en la primera entrevista que tuvo con el rey don Felipe —en la cual éste contestó á sus frases en español, hablando después en francés, para que entendiese que también conocía este idioma,—tropezó con un grave inconveniente: en los recaudos que traía, el monarca francés figuraba con el título de *rey de Navarra*, cosa con que la corte de España no pudo transigir, demandando una rectificación.

El día 22 de Agosto don Felipe y doña Margarita visitaron solemnemente el Colegio de Ingleses, que la munificencia de su antecesor fundara para investir el hábito sacerdotal á cierto número de jóvenes nacidos en Inglaterra. Por entonces, para trasladar á dicho Colegio «una imagen de nuestra señora trayda de inglaterra», que no era sino las que las tropas del duque de Essex acuchillaron y arrastraron bárbaramente por las calles de Cádiz en 1596, y que hoy se conoce por «la Vulnerata»,

(1) Arch. del Ayunt. L. de Acuerdos 1600, s. f.

el Ayuntamiento organizó una procesión para el día 8 de Septiembre (1).

El día 1 de Septiembre, sin previo aviso, don Felipe partió para Madrid, y una vez allí envió al cardenal de Toledo en busca de su esposa. Con esto las dudas renacieron. ¿Renunciaba el Monarca á establecerse en Valladolid?

Así las cosas, llegó el año 1601. El día 4 de Enero escribía lo siguiente Cabrera de Córdoba: «De cada día prevalece la voz de la mudanza de la Corte á Valladolid, lo cual se siente generalmente por todos los cortesanos, que tan hallados estaban en este lugar, allende de la destrucción que será para este pueblo el dejarlo á cabo de cuarenta años de residencia en él, donde los más han comprado casa y hacienda y se habían acomodado como en tierra propia, sin otros muchos inconvenientes que se consideran han de resultar.»

El 10 del mismo mes las dudas se disiparon. El traslado de la Corte á Valladolid se publicó oficialmente y don Felipe, sin más demoras, partió al siguiente día, dando órdenes á los aposentadores para que en su nueva residencia lo preparasen todo convenientemente. El día 15 salió la Reina con las damas y servidumbre, uniéndose á su regio esposo en Guadarrama. Todavía el cardenal de Toledo, avistándose con el Duque de Lerma, probó de conseguir que se revocase el acuerdo, pero aquél le contestó que la resolución estaba tomada, y no se podía alterar; en forma que ambos se separaron disgustados.

Lo que entretanto pasaba en Valladolid, puede deducirse por los siguientes extractos del correspondiente libro municipal de acuerdos:

(1) *Arch. del Ayunt. L. de Acuerdos de 1600. s. f.* Sesión del 1 Septiembre.

De estos hechos existen las siguientes relaciones:

Relacion de la venida de los Reyes catholicos al collegio ingles de Valladolid en el mes de Agosto anno de 1600; y la collocacion y fiesta hecha en el mesmo collegio de una imagen de Nuestra Señora maltratada de los hereges... por don Antonio Ortiz.—En Madrid, por Andrés Sanchez, 1600.

*Relacion de la venida de los Reyes, Felipe III y doña Margarita, al colegio inglés de Valladolid, y el recibimiento que en él se les hizo.—Madrid, 1609.—*Sospecho que esta *Relación*, citada en el apéndice á las *Relaciones* de Cabrera, es la misma de arriba, tratándose sólo de un error de pluma.

A Relation of the solemnitie wherewith the Catholik princes K. Phillip the III and Queens Margaret were recyued in the English colledge of Valladolid the 22 day of August. 1600.

«Este día [15 Enero] esta ciudad rescuio una carta del s. duque de lerma su señor; es como sigue

el Capitan Fran^{co} Calderon que dara esta carta a V. sa lleua a su cargo el acudir a mis cosas y aunque estoy muy confiado de la mrd que V. sa le ara en todo lo que de mi parte suplicare no he querido dejar de acerlo con estos rrenglones. dios guarde a V. sa como deseo. de m^d. 6. de hen^o 1604. as^o el duque de lerma.

Este dia el Señor Capitan fran^{co} Calderon... dijo á este ayuntam^o q quando partio de m^d, el señor duque de lerma le auia mandado dijese a esta çuidad de su parte q por el mucho amor que sus pasados y el auian tenido y tenian a esta ciudad, auia tomado el patronazgo del monesterio del señor san pablo y capilla mayor para su entierro y sucesores en su casa, y comprado las casas que auian sido de cobos...» (1).

«Este dia [16 Enero] el señor Correg^{or} dijo q tenía por muy cierto que su mag^d auia salido de madrid y benia derecho a esta ciudad con la rreyna nuestra señora y que seria vien que dos Caualleros deste ayuntamiento en nombre desta ciudad salgan al camino a besar sus rreales pies y manos por la mrd q hace ofresciendole lo que sea de su seruicio—y tratado y conferido sobrello acordaron fuesen los ss^s diego mudarra y don Luis de alcaraz rregidores y lleuen carta p^a su m^d conforme al propuesto por el s. correg^{or} a los quales señalan á cada uno de ellos mill mrs por cada vn dia de los q se ocuparen de yda, estada y vuelta» (2).

«Este dia [24 Enero] los dichos s^s rrescuieron la carta de su mag^d del tenor siguiente _____

el Rey

Justicia y rregidores Caualleros hijos dalgo de la muy noble y muy leal ciudad de vallid—Diego Mudarra y don Luis de Alcaraz me dieron vuestra carta de 19 deste y significaron el mucho contento q en general y en particular se a tenido en esa ciudad de la mrd y fauor que le ago de yr a ella de asiento con la rreyna mi muy cara y amada Muger y con mi corte demostracion propria de la gran fidelidad y amor a mi seruicio de los naturales della de que me allo tan seruido quanto essa mi ciudad y sus naturales me los tienen merescidos—mandooos

(1) *Arch. del Ayunt. L de Acuerdos. 1600-1601. F. 17.*

(2) *Id. id. F. 20.*

que acudais al apresto de todo lo necesario con la puntualidad y cuydado q lo confio de vosotros y es menester, de martin muñoz a 21 de henero 1601. yo el rrey...» (1)

Continuando su viaje, los Reyes llegaron á Tordesillas. En el palacio que allí poseían permanecieron quince días, mientras en Valladolid se acababa de preparar su alojamiento. El 9 de Febrero hicieron su entrada en esta ciudad, «y la Reina—dice Cabrera—fué en silla de manos, á causa de su preñado.»

He aquí, pues, á Valladolid convertido ya en Corte de las Españas.

(1) *Arch. del Ayunt. L. de Acuerdos. 1600-1601. F. 24.*

Año 1601.— La Chancillería y la Inquisición se trasladan á Medina del Campo.—Limitaciones en la entrada de forasteros.—Las paces con Francia.—Disgustos con el embajador.—Obras del Duque de Lerma.—La embajada de Persia.—Nacimiento de la Infanta Ana Mauricia.—El bautizo.—Enfermedad de la reina.

Uno de los primeros acuerdos que tomó Felipe III al trasladarse á Valladolid, fué el de que la Audiencia, con todos sus funcionarios, pasara á Medina del Campo. Comprendiendo el daño que esto suponía para la ciudad, el Ayuntamiento, en 6 de Diciembre de 1600, envió á dos regidores para que rogasen al rey la suspensión de tal medida; y poco después, el 29 de Enero de 1601, acordó reiterar la súplica por medio de otros cuatro de sus individuos (1). Por su parte, el presidente y oidores de la Chancillería, en sesión 21 de Enero, decidieron elevar una consulta sobre los inconvenientes de semejante traslado. Todo fué inútil. El Rey, por cédula fecha en Tordesillas á 27 del mismo mes, ordenó que la Chancillería «se passe á la villa de Medina del Campo... con todos los jueces, ministros é oficiales della... y esto que se haga con toda brevedad, de manera que para quince de febrero de este año este ia allí de asiento, y assi mismo ordeno que por el tiempo que estubierede en la dicha villa de Medina del Campo, las ferias e pagos que se hacian en ella se hagan en la ciudad de Burgos.»

(1) *Arch. del Ayunt. L. de Acuerdos 1601-1602, f. 34 v.º*

Añadía, sin embargo, que si la Corte se ausentaba alguna vez de Valladolid, todo volvería á su primitivo estado (1). El Municipio vallisoletano, viendo que ya la cosa no tenía remedio, mandó que fuesen «cuatro u seis caualleros a bisitar al señor presidente y sinificarle el sentimiento que esta ciudad tiene de la dicha mudanza.»

Poco después, la Inquisición pasó también á Medina, y en las casas que abandonaba se colocaron los pajes del Rey, la armería y el guadarnés. Entretanto, todos los Consejos fueron suspendiendo sus negocios en Madrid para trasladarse á la nueva Corte. Excusado es decir que esta contradanza originaba, más que otra cosa, graves perjuicios y moléstias (2).

De anterior se había dado orden para que no entrasen en Valladolid personas venidas de fuera, sin una licencia especial, á fin de evitar la aglomeración de gente maleante; ahora se extremó la medida, y el Ayuntamiento recibió mandato de que «no dejasse entrar en esta ciudad a se aposentar en ella a ninguna persona de cualquier condicion que fuesse que biniese de fuera parte, y que echase della todos los bagamundos, hombres y mugeres que en ella estubiesen» (3). En consecuencia, los regidores formaron turnos para guardar las puertas de la ciudad, admitiendo ó rechazando á los reciénllegados, según sus condiciones (4). Pero como

(1) *Arch. de Chancillería. L. de acuerdos de 1601 á 1612, f. 3 y siguientes.*

(2) Al ver semejante transmigración de los centros oficiales, los palatinos creyeron llegado el caso de reclamar para sí la Universidad. El Municipio vallisoletano tomó las medidas oportunas para contrarrestar tales gestiones, como lo demuestra el siguiente acuerdo: «Este día [31 Marzo 1601] los dichos ses dijeron que en esta çidad estauan dos rregidores de la Çiudad de palencia procurando con su magd llebe la Unibersidad á la dicha Çiudad=y tratado y conferido sobre ello acordaron que los ses diego mudarra y Hieronimo de billasante rregidores luego agan diligencia con su magd ablandole de parte desta Çiudad y darle los memoriales que fueren neçesarios tomando parecer de la unibersidad, las caussas e ynconbinientes q ay de sacarla desta Çiudad y ponerlas en los dichos Memoriales y agan todas las demas diligencias q fueren neçesarias que para todo ello les dan poder y comission en forma.» (*Arch. del Ayunt. L. de acuerdos 1601-1602, f. 66 v.º*)

Sin duda no entraba en los propósitos de D. Felipe trasladar la Universidad, y se negó á la petición de Palencia.

(3) *Arch. del Ayunt. L. de Acuerdos 1601-1602, f. 20 v.º*

(4) En 11 de Enero se acordó poner para los regidores, en cada puerta, «dos sillas y un bufete y un banco y las esteras que fueren menester.»

esto, sobre ser muy molesto, retraía de venir á muchos que favorecerían con su presencia á la ciudad, bien pronto se dió puerta franca, sin otra formalidad que justificar la personalidad y género de vida en los cuatro primeros días.

Fué entonces tanta la gente que se aglomeró, que los alojamientos escasearon y las subsistencias se encarecieron de modo alarmante. Los *obligados* ó abastecedores de los principales artículos sufrieron pérdidas enormes, pues mientras ellos habían de adquirirlos mucho más caros, tenían compromiso de venderlos en la ciudad sin variación de precio. Uno de los más perjudicados, hasta el extremo de perder su cuantiosa fortuna, fué Juan de las Navas, el dueño de la casa del Rastro en que vivió Cervantes.

El rey Felipe, á la cuenta, tampoco andaba muy sobrado de dinero, ni reparaba en medios para conseguirlo. Comenzó mandando inventariar la plata de corporaciones y particulares, y en vista de que semejante medida producía generales protestas, acudió al recurso de los donativos más ó menos voluntarios. El desarreglo de la Hacienda, según parece, había llevado las cosas á este extremo; porque, según dice Cabrera, «de presente S. M. no tiene para pagar los gajes de sus criados, ni aun se les da ración, ni aun para el servicio de su mesa hay con que proveerse, sino tomándolo fiado, lo que nunca se ha visto antes de agora en la Casa Real» (1).

El embajador de Francia, que en espera del juramento de paz andaba por Madrid y Valladolid oyendo la mofa de las gentes y sosteniendo pependencias con quienes le llamaban *luterano*, vió al fin llegado el momento de cumplir su misión. El día 27 de Mayo se juraron las paces en la Iglesia Mayor, prolongándose la ceremonia tres horas, desde las once de la mañana hasta las dos de la tarde. Antolínez de Burgos, que debió de ser testigo presencial—aunque una distracción, sin duda, le hace equivocar la fecha en siete días,—lo refiere del siguiente modo: «Adornose la iglesia para este efecto con la tapicería de Tunez, que es de las más ricas que tiene su majestad, y para desahogar más su celebración, se quitó la reja de la capilla mayor, y desde entonces está sin ella. Salió su majestad de palacio y traía á su

(1) Pueden verse más detalles sobre este particular en Dávila y Cabrera, ó en las noticias que de ellos toma Lafuente.

lado izquierdo al embajador de Francia. Venía acompañado de todo el lucimiento de la corte, y recibióle la iglesia con gran solemnidad de música. Estaba el cardenal Fernando Niño de Guevara, inquisidor general, que hacía el oficio, revestido de pontifical en una silla de terciopelo carmesí. Sobre las gradas del altar mayor hubo banco de embajadores, de grandes y capellanes. El de Francia se sentó en su lugar ordinario después del Nuncio; díjose la misa *pro pace*, y después de ella el cardenal se quitó la casulla y tomó la pluvial, y el limosnero mayor quitó el tafetán con que estaba cubierto el sitial. En medio de las gradas del altar mayor había un misal con su cubierta de tela y una cruz con su crucifijo, y lo puso sobre el sitial. Bajó el cardenal, y el rey llegó y se hincó de rodillas sobre una almohada que el mayordomo mayor le puso, el cardenal con mitra de la una parte del sitial, y el embajador de Francia puesto delante del nuncio. Dijo el cardenal así: «¿Vuestra majestad jura y da su palabra real y promete de guardar las paces que están hechas y capituladas con el cristianísimo rey de Francia Enrique, y de no ir ni venir contra ellas? Júrelo vuestra majestad así y prométalo.» Su majestad, poniendo las manos sobre la cruz y misal, respondió: «Así lo juro y prometo», y se levantó y volvió á su lugar. El cardenal subió al altar, y al lado de la Epístola entonó el *Te Deum laudamus*, y acabado se dijeron los versos y oraciones del pontifical romano. El cardenal dió la bendición solemnemente, y su Majestad, con el mismo acompañamiento, volvió á palacio» (1).

La paz con Francia estaba terminada, pero no así los disgustos acarreados por la venida del embajador. Varios criados suyos acometieron el 17 de Julio á cinco hombres, uno de ellos elérigo, que estaban lavándose los piés á la orilla del río, y les dieron muerte, sin más motivo que el de haber recibido burlas de otras personas. Se acogieron los matadores al domicilio del embajador, quien se negó á entregarlos; los alcaldes del Consejo Real, en vista de esta resistencia, allanaron la casa y se llevaron detenidos á dieciseis, entre ellos un sobrino del propio conde de Rocapot. Este pidió con alguna vehemencia al Duque de Lerma y al mismo Monarca que se le guardase «la inmunidad de su casa»,

(1) *Historia de Valladolid*, edición de D. Juan Ortega y Rubio, p. 181.

poniendo en libertad á los criados, y se acordó comunicar lo sucedido al Rey de Francia. Entretanto «el Consejo y alcaldes, habiendo visto su culpa, condenaron al sobrino á degollar, y á los demás á muerte de horca; suplicóse de la sentencia y por parte del sobrino se alegó la menor edad, pidiendo restitución y por no haberse defendido; el cual recurso fué admitido y presentóse el perdón que había de las partes, que había costado 2.000 ducados.» Después de algunos meses de prisión, fueron los delincuentes indultados; pero todo ello originó una situación violenta y desagradable para el embajador, que hizo almoneda de su casa y vendió sus caballos con ánimo de regresar á su país en cuanto tuviese autorización para ello.

El Duque de Lerma, contento de su estancia en Valladolid, exteriorizaba esta satisfacción en múltiples actos. En Marzo tomó personalmente posesión, con su esposa, del patronato de San Pablo, y en seguida encargó á Pompeyo Leoni que trazara los modelos de estatuas para su entierro en dicha iglesia, obra que luego realizó Juan de Arfe. En el convento de Belén, de que era también patrono por sus antecesores, hizo que se reedificara la iglesia. Y entretanto, en el magnífico palacio comprado al marqués de Camarasa, emprendían la restauración artistas como Juan de Nates, Estacio Gutiérrez y muchos más.

Hacia Junio corrió el rumor de que el Rey había comprado este palacio á su favorito. «Tiénese por cierto —dice Cabrera— que S. M. ha tomado la casa del duque de Lerma, y pagádole lo que le costó y se gasta en los reparos de ella, y le hace alcaide perpetuo con 4.000 ducados de salario para vivir en ella de aquí adelante.» Sin embargo, la venta no se formalizó hasta el mes de Diciembre, como se deduce de la escritura descubierta y publicada por el Sr. Martí; y á continuación se activaron los trabajos, interviniendo algunos otros artistas, como Bartolomé Carducho y Pedro de Mazuecos.

El monarca distraía sus ocios con frecuentes expediciones venatorias. Ya cazaba en San Miguel y Carvajales, cerca de Zamora; ya en Ventosilla y Lerma, en las posesiones de su favorito; ya en el bosque de la Quemada, propiedad de D. Bernardino de Velasco; ya en los campos de Tordesillas. Con estas distracciones alternaban fiestas como las de S. Juan—de antigua fama en Valladolid,—en que hubo una brillante encamisada y se corrieron toros.

En el mes de Julio hubo aviso de que había llegado á Barcelona, con lucido acompañamiento, Uzen Ali Beg, embajador de Shah Abbás, rey de Persia, que venía á Europa para solicitar de los monarcas más poderosos la formación de una liga contra el Turco. Habían estado ya en Rusia con el Zar, en Alemania con el Emperador y en Roma con el Sumo Pontífice, y desde este último punto se encaminaron á España con un canónigo portugués, Francisco Guasque, que les sirvió de guía. En Barcelona los recibió el virrey duque de Feria con mucha solemnidad; el 13 de Agosto entraron en Valladolid, saliendo á esperarlos con cuatro coches D. Luis Henriquez, mayordomo de S. M. En la comitiva figuraba Uruch-Beg, que bautizado más tarde con el nombre de *D. Juan de Persia*, escribió la curiosa relación de este viaje y murió de la desdichada manera que oportunamente diremos. «Nos truxeron—dice D. Juan de Persia en esta relación—a una muy buena casa que estaua aperciuida para nuestro aposento, muy bien colgada y aderezada, con muy ricas camas y tapizerias de telas y terciopelos de colores, y en ella nos seruián criados de Su Magestad y teniamos parte de la guarda tudesca y española.» En efecto, todos sus gastos corrieron por cuenta del rey, quien dió audiencia á Uzen Ali Beg pocos días después. «Llegó, y sacando la carta, la qual era al modo de Persia, escripta con letras de oro y de color, en un pliego de mas de vna vara en largo, y el modo de las dobladuras era peregrino, y tan larga la carta como medio pliego de papel de los de España y tan ancha como tres dedos, que la lleuaua el Embaxador metida en una bolsilla de tela de oro y puesta en el turbante y tocado de la cabeça, de donde la quitó y besó y dió á Su Magestad» (1). El día de la Virgen, por la noche, asistió el embajador á un sarao que se hizo con motivo del matrimonio entre el marqués de la Laguna y doña María de Villena; «y preguntándole—dice Cabrera—cómo le había parecido la fiesta, respondió que bien, si no hubiera danzado la Reina, no teniendo sucesión S. M. y estando

(1) «*Relaciones de Don Juan de Persia Dirigidas á la Magestad Catholica de Don Philippe III, Rey de las Españas y señor nuestro. Divididas en tres libros, donde se tratan las cosas notables de Persia, la genealogia de sus reyes, guerras de Persianos, Turcos y Tartaros, y las que eido en el viaje que hizo á España; y su conuersion y la de otros Cauallero Persianos.*» Año 1604. En Valladolid, por Juan de Bostillo.

preñada.» En Octubre partió la embajada para Madrid y Lisboa, si bien algunos de los caballeros que la formaban volvieron bien pronto á la corte de España.

El día 22 de Septiembre sobrevino un fausto acontecimiento: entre una y dos de la mañana la Reina dió á luz una niña, en el palacio del conde de Benavente (1). Había el de Lerma preparado su palacio para que, instalados en él los Reyes, el parto ocurriese allí; pero dos días antes la reina se negó á ello, sin duda por el supersticioso recuerdo de que en el mismo edificio había muerto de sobreparto la reina doña María, primera mujer de Felipe II. El privado sufrió con esto un grave disgusto, bien que su señor supo desagraviarle con el espléndido regalo de una sarta de perlas, y prometiéndole que el bautizo se haría en la iglesia de San Pablo.

La ciudad demostró ostensiblemente su regocijo por tan feliz suceso. El Ayuntamiento, que había sacado en procesión á la Virgen de San Lorenzo por el buen alumbramiento, organizó fiestas de toros, cañas, vacas encascabeladas, músicas, luminarias y hogueras; el claustro de la Universidad acordó mandar una comisión que diese á los Reyes la enhorabuena y tomar parte en los

(1) No me explico, á no ser por un error de fecha en el correspondiente libro del Ayuntamiento, cómo habiendo ocurrido el nacimiento el día 22 de Septiembre—según demuestra la carta del Rey que más abajo copio y las *Relaciones* de Cabrera,—puede constar lo siguiente en la sesión del día 21: «Este día el señor Corregidor propuso en este ayuntamiento como nro señor auia seruido de alumbrar con bien a la Reina nra ss^a esta noche pasada de una ss^a hija ynfanta de castilla, y auia parido en las cassas del conde de Venauente a la una de la noche.» (*L. de Acuerdos 1601-1602, f. 147 v.^o*).

El Rey comunicó oficialmente la noticia al Ayuntamiento en la siguiente forma: «El Rey=Concejo, Justicia, Regidores, Caualleros Escuderos, oficiales y Hombres buenos de la muy noble Ciudad de Vallid. ya terneis entendido como á los 22 del prese entre la una y las dos antes de amanecer, fue nuestro señor seruido de alumbrar de una Hija a la la sma Reyna mi muy cara y amada muger porque le e dado y doy ynfinitas gracias, y quedo con el contentamiento que es rraçon y asi de que hella y la ynfanta queden buenas, de que e querido abisaros como á tan fieles y leales basallos, y os encargamos pro ueais y deis orden en esa ciudad se agan por esto las alegrías que paresçien, que estando los ánimos con la demostracion de rregocijo que es justo tener deste suçeso, bastara que sean con moderacion, que en ello nos temos (*sic*) de vosotros por seruido.—de Vallid a 27 de Sepb. 1601 as. Yo el Rey.—Por mdo del rrey nrto sr don Luis de salaçar» (*L. de Acuerdos f. 1601-1602, f. 168*).

festejos (1); los nobles prestaron su concurso para la mayor brillantez de los mismos.

El día 2 de Octubre llegó á Valladolid el Duque de Parma, que había de apadrinar á la Infanta, y al siguiente día el cardenal de Toledo, á cuyo cargo correría el bautizo. Este se hizo el 7 del mismo mes, con pompa inusitada (2). La iglesia de San Pablo se colgó con la tapicería de Túnez. La capilla mayor estaba cubierta de alfombras, y en ella, sobre una plataforma de madera y resguardada por un dosel que sustentaban columnas de plata, se alzaba la pila bautismal, procedente del guardajoyas de S. M. En la misma capilla había una cama con colgaduras, para desenvolver en ella á la Infanta, un brasero de piedras preciosas y un pomo de agua perfumada. En el altar mayor habíanse colocado diversas reliquias, entre ellas la flor de lis con un clavo de Cristo y una faja del manto de la Virgen, propiedad en un tiempo, según parece, de Francisco I de Francia.

A las once de la mañana se puso en marcha la comitiva, saliendo del Palacio del conde de Benavente (3). No necesitaría la augusta niña exponerse al frío exterior, porque todo el trayecto estaba cruzado por pasadizos, cuya longitud pueden calcular los que conozcan el terreno. Uno de ellos, cerrado en parte por celosías, se extendía desde el palacio del Conde de Benavente hasta el de Lerma; otro, ricamente alfombrado y abierto por los lados para que el pueblo viese desde la calle el acompañamiento, arrancaba de un balcón del Duque y conducía á la iglesia, descendiendo suavemente por medio de escalones. A la puerta del templo había un magnífico dosel.

Dejemos ahora la palabra á uno de los varios testigos presenciales que hicieron la relación del bautizo:

«En el altar mayor estaba revestido de pontifical el señor arzobispo de Toledo que hizo el bautismo, y los obispos de Zamora y Valladolid y de Lipa [ri]. Luego

(1) *Arch. de la Universidad. L. 5.º de Claustros. f. 84.*

(2) La partida correspondiente, con prolijidad de detalles, figura en el libro 1.º de Bautismos, f. 137 v.º, de la iglesia parroquial de San Martín. El cura que la extendió hace constar que fué tal la «solenidad de cosas, libreas, invenciones y pasadizos», que «no allare papel donde lo escribir.» Al folio siguiente del mismo libro hállase la partida del bautizo de Leonor Francisca María, hija de los condes de Haro.

(3) Hoy Hospicio provincial.

sonaron trompetas, chirimias y órganos y cornetas que estaban en la iglesia á diferentes trechos. Y comenzó á venir el acompañamiento que fue tanto y tan grande, con tanta multitud de galas y riquezas, que es imposible por menudo dar razon dellas. Y al cabo de mucho tiempo que se gastó en esto, parecieron seis maceros con calzas y ropillas negras y capotillos de terciopelo. Y tras ellos cuatro reyes de armas, y luego D. Pedro de Médicis de negro muy costoso y con botones de oro; el marqués de Mondejar de amarillo, trayendo en medio al duque de Medina-Celi vestido como el de Médicis. Y luego venía el duque de Alba de encarnado y la capa de lo mismo bordada, y el vestido tan rico y costoso, que contemplativos le dan el premio de galán y merécelo su talle; el conde de Alba de negro. Traían en medio al Condestable de Castilla de blanco bordado y capa de terciopelo negro bordada de plata, cierto tan pulido y costoso como la grandeza del dueño. Tras estos señores venían el conde de Haro con el maçapan, que era una corona muy grande, y traíansela dos Meninos. Luego el marqués de Sarria con la vela. Luego el de Cuellar con el Capillo. Luego el de Cea con el Salero. Luego el de Cabra con la taza. Y el de la Bañeza y Diego Gomez de Sandoual con Aguamaniles y toallas: todos estos tan galanes y ricamente vestidos que se dexa á quien los conoce el juzgarlo, aunque dellos al de Cabra se le da el premio. El duque de Lerma de blanco y capotillo de terciopelo negro, bordados unos troncos de plata que parecian en extremo, con una banda de tafetán blanco al cuello, y en ella á su Alteza, que solo se le parecía el rostro tan hermoso como el de sus padres, con una toquilla avani-llada á lo Flamenco, sin que se le pudiera ver cosa de sus envolturas, y á los lados venían los cardenales Colona y Guevara, asi ellos como el duque de Lerma destocados. Tras su Alteza venía el duque de Parma muy galán de blanco bordado de perlas, con capotillo bordado de lo mismo sobre terciopelo negro: fue compadre y traía de brazo á la duquesa de Lerma que fue Comadre, representando en la grandeza de lo que venía á hacer y la de su casa quien era, mas que en el adorno, porque la traía con una ropa de tafetan negro y una vasquiña blanca sin oro, para ahorrar de más peso. Traíala del otro brazo el marques de S. German.

«Tras estos señores venían la Condesa de Miranda y Marquesa de Cea, trayendo en medio á la Aya de su

Alteza, y luego la duquesa de Frias y condesa de Alua y duquesa de Medina de Ruyseco. Tras estas el resto de la corte y del Reyno de señoras casadas, con las mayores galas y aderezos que se han visto. Y despues dellas las dueñas de onor de su Magestad. Y luego el cielo de Damas venciendo á todas las de la tierra en galas y aderezos, todas á porfia, entre las cuales venía nuestra sevillana de blanco volviendo por la honra de su patria. El Cardenal de Toledo y obispos salieron á la puerta de la Iglesia, y debaxo del sitial esperaron á su Alteza, donde la dieron al de Parma, y se hicieron las ceremonias acostumbradas con gran ruido de música. Y acabadas, la trajo el mismo Compadre á la Capilla mayor y la entregó á la Duquesa de Lerma, y en la cama dicha la desnudaron dejandola en un faldellinico de tafetan blanco, y llevada á la pila la cristianaron poniendole por nombre Doña Ana Maria Mauricia de Austria, por haber nacido en día deste glorioso Santo. Acabado, echó la bendición el Cardenal de Toledo, y él y los obispos cantando la Capilla de su Magestad, mientras vestian á su Alteza en la misma orden dicha, trayendola el de Lerma, aunque al volver vino él y los cardenales cubiertos, cosa que no alcanzo ni he podido saber, pues era tan Infanta al venir como al volver» (1).

El Duque de Parma partió de Valladolid el día 11, no sin que antes le concediera don Felipe el toisón y 15.000 ducados de pensión en el reino de Nápoles. El de Parma, á su vez, demostró rumbosa esplendidez en regalos y propinas.

El Rey marchó á caza dos días después, y estuvo en Castrocalvón, en los montes de los Caravajales y en el bosque de San Miguel; pero al saber que su esposa, aún

(1) «*Relacion verdadera de lo que se hizo en el baptismo de la Serenísima Infanta doña Ana Maria Mauricia de Austria hija del Catolico Rey Don Felipe tercero nuestro Señor, y de la Serenísima Reyna Doña Margarita de Austria: En este año en Domingo á siete del mes de Octubre de mil y seyscientos y un años.*» Sevilla, Juan de León.

Hay también la siguiente:

«*Relacion de la Orden que se tuvo en el bautismo de la señora Infanta, hija primogénita del Inuictissimo Rey Don Felipe III, nuestro Señor; en Valladolid á siete de Octubre de mil seyscientos y un años.*» En Valladolid, por los Herederos de Bernardino de Santo Domingo, 1602.

Y Alenda cita el siguiente manuscrito:

«*Aplauso con que se hizo el Baptismo de la Serm^a Infanta Doña Ana Maria Margarita en Valladolid, Domingo siete de Octubre 1601.*»

no repuesta del parto, había caído enferma con tercianas, regresó á Valladolid. Mejorada la reina, el 7 de Noviembre oyó misa de parida en San Lorenzo, en compañía de D. Felipe. Este, que tenía ganas de cazar, partió pocos días después para La Secreta, con no mucho agrado de su regia consorte.

Fuese por este disgusto ó por otra causa, doña Margarita tuvo una recaída, en forma que inspiró serios temores. La enfermedad, acompañada de fuertes fiebres con delirio, hizo preciso cortar el cabello á la ilustre paciente. En demanda del auxilio divino, llevóse á palacio la imagen de Nuestra Señora de San Lorenzo, salió una procesión solemne y estuvo expuesto el Santísimo Sacramento durante varios días en iglesias y monasterios.

Al regresar D. Felipe desde Balsaín, encontró á su esposa delirando y en estado grave. Por fortuna el doctor Sarabia, médico de cámara, varió el plan curativo que se estaba siguiendo, y doña Margarita entró en franca mejoría, pudiendo salir á misa pocos días después.

La milagrosa imagen de Nuestra Señora de San Lorenzo, á quien se atribuyó la curación, fué conducida procesionalmente á la iglesia, en unas lujosas andas de brocado que regalaron los Reyes. También dieron para la Virgen el vestido con que se casó la Reina, dotaron á la iglesia con 150 ducados de renta é hicieron cuantiosas limosnas (1). El mismo día que salió la procesión, fué llevada doña Margarita, por el pasadizo de que se ha hablado, á las casas del Duque de Lerma, que realmente pertenecían ya á S. M.

Si su apacible vida de corte permitía á Felipe III verse tranquilo, no así los acontecimientos que, más allá del recinto vallisoletano, se sucedían. Los moriscos comenzaban á agitarse en Andalucía; en Flandes, el archiduque Alberto, vencido en varios encuentros, acometía el sitio de Ostende, que había de durar tres años; en Inglaterra continuaban las hostilidades, y una escuadra de 4.000 hombres, al cargo de D. Diego Brochero,

(1) En la sacristía de la iglesia parroquial de S. Lorenzo se conserva un cuadro con la siguiente inscripción: «Estado la Rna de España doña Margt^a de austria mui apretid^a de una graue efermdad pidió se lleuase a su orat^o a nra s^a de san lor^o y luego la dió salud y en hacimt^o de gras la ofrecio muchos dones y co gran solemnidad el Rei D. Phe 3^o la boluio a su casa.»

acudía en auxilio de los católicos irlandeses, sublevados contra la reina Isabel; en el Mediterráneo, el almirante Juan Andrea Doria emprendía una expedición fracasada contra los piratas berberiscos. Nada se ha de decir aquí de todo esto. Asuntos son que á la historia general de España incumben, y aquí sólo vamos diseñando la vida interna de la Corte.



III

Año 1602.—Las Cortes. —Viajes reales.—Llueven fiestas.—Año 1603.—La Infanta doña María.—Fallecimientos.—Rubens en Valladolid.—Año 1604.—Más fiestas.—Otros sucesos.—Año 1605.—Nace Felipe IV.—El bautizo.—La embajada inglesa.—Las paces.—La Corte más brillante del mundo.

Al comenzar el año 1602 (12 de Enero) se reunieron en Valladolid los Procuradores del Reino, acordando que, en vista de los gastos causados por las jornadas de Argel é Irlanda, y otros que sería forzoso hacer, se concedieran á S. M. ciento cincuenta cuentos de servicio ordinario, pagaderos en tres años, reservando para más tarde la concesión del extraordinario. Al día siguiente, el Duque de Lerma ofreció á los Reyes una fiesta magnífica en palacio, con ingeniosas invenciones de dragones que echaban fuego, molinos de viento, fuentes y grutas al natural, figuras de movimiento, torneo mantenido por don Rodrigo Calderón, espléndida cena, representación de una comedia «del Carnaval de Barcelona», vistosa mascarada, y, en suma, toda clase de atractivos.

A mediados de Enero los Reyes salieron de viaje. Estuvieron en León, en Zamora, y en Toro, donde fueron recibidos con fiestas y solemnidades. En Abril se ausentaron nuevamente de la Corte, permaneciendo cerca de cuatro meses por Aranjuez, Madrid, el Pardo y otros puntos, no pasando á Burgos, como pensaban, porque lo impidió el embarazo de la Reina.

Todo ello parecía barruntar el regreso de la Corte

á la orilla del Manzanares, sobre todo observando que el Duque de Lerma compraba fincas en Madrid y sus inmediaciones. Los madrileños, siguiendo el ejemplo de sus rivales, nombraron al privado regidor perpétuo, con las mismas prerrogativas que en Valladolid tenía.

Las fiestas por la canonización de San Raimundo se hicieron en Valladolid con mucho boato (1). Hubo certamen poético, comedias, danzas (2), luminarias y procesiones, levantándose en la Platería un suntuoso arco, que se utilizó luego para la fiesta del Corpus (3). Esta se celebró también solemnemente, con representación de autos sacramentales (4); los juegos de cañas, torneos, encamisadas, máscaras y otros espectáculos, siguieron á la orden del día (5). Con ellos coincidió la muerte del

(1) Se trató de su organización en la sesión de 2 de Marzo 1602 (*L. de Acuerdos 1601-1602, f. 240.*)

(2) El señor Ortega y Rubio, en su *Historia de Valladolid*, hace constar que el premio de las comedias lo obtuvo Antonio de Villegas, famoso autor de comedias, y el de las danzas Gabriel de la Torre. También inserta el señor Ortega el programa de las fiestas.

(3) En la sesión de 15 Abril, los regidores acordaron lo siguiente: «este día se trató en este ayuntamiento con el cuidado y trauajo que gomez fanega, escriuano mayor del ayuntamiento, auia asistido a todas las preuenciones que por mandado desta ciudad se hicieron, assi para la procesion general que se hizo al sancto rreymundo, como a las fiestas de luminarias y otros rregocijos que se ycieron la bispera y día que se yço la procesión, y el recorrer las letras que se hicieron en onor del sancto y a ponerlas en el claustro y monesterio del señor san pablo y auer puesto por memoria todo lo sucedido y echo en lo susodicho.—Acordaron que el dicho Gomez Fanega lo baya rrecopilando todo, con todas las demás fiestas que los conbentos hizieren en el novenario al sancto, poniendolo por rrelación por buen hestilo açiendo un libro dello y echo pedir licencia a su magd y sss del supremo Consejo para lo poder ymprimir.» (*L. Ac. 1601-1602, f. 265.*) Es lástima que no se conserve esta relación, que no sé si llegó á imprimirse.

(4) Juan de Espinosa, mayordomo del Almirante de Castilla, pidió al Ayuntamiento que «se hiziese merced al almirante que los autos del corpus de este año se representassen delante de sus cassas p^a que los viese que en ello receueria merced.» Se accedió á esta petición, «por esta vez, sin que por ello lo pueda traer á consecuencia adelante» (*Id. id. f. 250.*) Los autos se representaron también en años posteriores ante las casas del Almirante.

(5) No faltaban regidores que se oponían á los gastos incesantes con tal motivo ocasionados. Organizado un juego de cañas, se comisionó á don Galván Bonínseni—figura memorable en los fastos vallisoletanos—y á Diego Mudarra para que preguntasen á los caballeros de la

Corregidor don Antonio de Ulloa, á quien sucedió don Diego Sarmiento de Acuña, más tarde conde de Gondomar (1).

Fuera de algunos días que estuvo el rey de caza en Lerma y Tordesillas, el resto del año permaneció en Valladolid. Para su recreo tenía numerosas góndolas y galeras en el Pisuerga, y una colección zoológica con leones, linceos, puercoespines, jabalíes, venados, garzas, faisanes y tórtolas. Otras veces—cuando, por rara casualidad, no contaba con más diversiones,—distrayó el ánimo jugando á la pelota ó á los naipes, ó paseando por la huerta de su favorito. Doña Margarita, días después de apadrinar en San Lorenzo á un hijo del conde de Niebla, cayó enferma con viruelas, y D. Felipe, casi á la vez, se vió acometido de tercianas; pero ambos se restablecieron bien pronto.

ciudad si deseaban encargarse de alguna cuadrilla. Aquellos regidores, en sesión 27 Julio, dijeron que «aúan ajetado de ssacallas tan solamente una el almirante de Castilla y otra diego gomez de sandobal hijo del sr duque de lerma, y aunque aúan hecho todas las diligencias posibles hasta agora no aúa otros caualleros que se hubiessen encargado de sacar quadrilla.» Se puso á discusión si la ciudad debía encargarse de las demás cuadrillas, y Diego Mudarra dijo que «atento que este no es regocijo á que la ciudad tiene obligación y está como está tan enpeñada y necesitada que aun los censos que deue á pobres biudas y jente y ospitales no los paga, no tiene con qué ni con qué seruir las carnerías que por falta de dinero pudiesse ser no se siruiesen las carnerías, es su parecer que dicho juego de cañas no se haga.» Del mismo modo opinó Cristobal de Cabezón; pero Antonio de Santiago habló en contrario, y casi todos los regidores, con frases un tanto adulatorias para el Duque de Lerma, votaron porque la fiesta se hiciese (*Id., id., f. 297.*) En los fóllos siguientes pueden verse detalles sobre los trabajos y gastos que tal juego de cañas originó, así como los relativos á otras fiestas. V. también Cabrera: relaciones de 5 Octubre y 30 Noviembre.

(1) Al morir Ulloa, el Ayuntamiento nombró Corregidor interino á Diego Mudarra; pero el Rey—sin duda porque Mudarra servía mejor los intereses de la ciudad que los de palacio,—designó para tal cargo, también provisionalmente, al licenciado Blas Bellón. El Municipio, no muy complacido, se dirigió al rey pidiendo que, para la designación de corregidores, se fijase «en persona de ciencia y conciencia» y notificándole que la ciudad había hecho ya el nombramiento á favor de Diego Mudarra. Por entonces también solicitó del Rey que, cuando nombrase algún regidor, lo hiciera de acuerdo con la ciudad y con su beneplácito, sin duda porque no había agradado cierto D. Fernando de Salazar. En 14 de Septiembre fué recibido como Corregidor D. Diego Sarmiento de Acuña.

Al comenzar el año 1603, acercábase un acontecimiento feliz: el parto de la Reina. El Ayuntamiento, á 22 de Enero, acordó hacer una procesión sacando á la Virgen de San Lorenzo, para que doña Margarita saliera con bien, y dispuso acuñar unas medallas para echarlas en la Plaza el día del alumbramiento, así como celebrar el suceso con músicas, luminarias, «figuras de fuego», «vacas encascabeladas» y una máscara. Pero el pueblo esperaba un varón que perpetuase la dinastía, y nació— á 1 de Febrero—una niña débil y delicada, sin fuerzas para tomar el pecho; por lo cual se apagó el entusiasmo y los regocijos se suprimieron (1). Breve vida gozó la nueva Infanta, pues murió el día 1 de Marzo, después de bautizada con el nombre de doña María.

Por entonces también falleció, en el monasterio de las Descalzas Franciscas de Madrid, la Emperatriz doña María de Austria, hija de Carlos V y de Isabel de Portugal, hermana por lo tanto de Felipe II, y viuda del emperador Maximiliano II. Hiciéronse por ella solemnes exequias en S. Benito el Real, y toda la corte vistió luto riguroso, así como el Ayuntamiento (2).

En Abril emprendieron los Reyes un largo viaje, comenzando por Madrid y sitios reales. El Duque de Lerma, que los acompañaba en esta jornada, sufrió una grave desgracia: su esposa cayó enferma en Buitrago y murió á los pocos días, el 2 de Junio. Su cuerpo fué conducido á Valladolid y enterrado en el sepulcro de San Pablo (3). Los Reyes pasaron después á Burgos, y por Castrogeriz y Palepica regresaron á Valladolid.

Mientras estaban en esta jornada, llegó á Valladolid un huésped ilustre: Pedro Pablo Rubens. Venía como embajador del duque de Mantua, y traía para D. Felipe y su favorito magníficos regalos, entre ellos una colección de pinturas que con las contingencias del viaje sufrieron graves desperfectos. El gran pintor flamenco retocó por su propia mano los cuadros, y éstos pasaron á hermosear los salones del de Lerma.

(1) Es error admitido hasta ahora que este segundo parto de doña Margarita acaeció el 1 de Enero. El citado acuerdo del Ayuntamiento y la terminante afirmación de Cabrera, demuestran que no fué sino el 1 de Febrero.

(2) *L. de Acuerdos 1603, s. f.* Sesión de último Febrero 1603.

(3) Pueden verse más detalles en Cabrera: «De Valladolid, 14 de Junio de 1603». Los poetas dedicaron á tan triste asunto diversas composiciones. Góngora escribió dos sonetos y Quevedo cuatro.

Otros viajeros de significación, los tres hijos mayores del Duque de Saboya, llegaron á Valladolid en Agosto, siendo recibidos con grandes honores. Por entonces sobrevino un nuevo contratiempo con el aborto de la reina.

Entretanto no dejaba de hablarse del regreso de la Corte á Madrid. El Municipio vallisoletano, para impedirlo, siguió en su sistema de halagar al Duque de Lerma. Ofreciéronle, sobre magnífica bandeja de oro, las dos llaves de la plazuela que se hizo detrás de palacio, una para él y otra para S. M.; y después que el general Zubiaurre hubo terminado el artificio construído en el Pisuerga para la elevación de agua, cediéronle el aprovechamiento de ésta con destino á su huerta. Y, sin embargo, cuando los Reyes marcharon de nuevo hacia Madrid, llevándose todo su servicio, se supuso que tenían intenciones de quedarse allí.

Desde Madrid, don Felipe marchó á Valencia con ánimo de celebrar Cortes. Comenzaron éstas, efectivamente, el 9 de Enero y terminaron el 20 de Febrero, saliendo de ellas, en pro del monarca, un servicio de 400.000 ducados, y en obsequio del Duque de Lerma y demás nobles que las habían organizado, sendas gratificaciones. El 21 de Marzo entraron los expedicionarios, de regreso, en Valladolid.

Por iniciativa de la Reina se celebró la vuelta de su esposo con una fiesta en la huerta del Duque, que resultó muy brillante y sin más detrimento que el sufrido por la riquísima tapicería de Túnez, lastimosamente manchada con el aceite que rezumó de las lámparas. A bien que poco después admiraron los cortesanos una fiesta aún más sorprendente: la dispuesta por el Príncipe del Piamonte, anunciada con toda solemnidad el 6 de Mayo y llevada á la práctica el 18 de Julio.

En los anales de Valladolid, donde figuran espectáculos tan memorables como los que la corte de D. Juan II presenciara, ocupa lugar preferente el *faquín ó estafermo* organizado por el Príncipe del Piamonte, de que nos dejó minuciosa relación un autor anónimo (1).

(1) «*Relacion de las fiestas que delante de su Magestad, y de la Reyna nuestra señora hizo, y mantuvo el Principe del Piamonte, en Valladolid, Domingo diez y ocho de Julio, de mil y seiscientos y quatro años.—En Valladolid, Por los herederos de Iuan Iniguez.—Año 1604.*»

Se me permitirá, por lo curioso de esta fiesta, que diga dos palabras sobre ella.

Amén de estas y otras distracciones, el rey amenizaba sus días en el año 1604, ya con cazas en la Ventosilla, la Quemada y Lerma, ya con los toros, cañas, gigantones, tarascas y autos sacramentales prodigados en las festividades del Corpus y S. Juan, ya con los viajes á Burgos y aun á Madrid, ya jugando á los naipes con los gentiles-hombres de su cámara, afición tan vehemente en la corte que, según dice Cabrera, el monarca perdió solamente con don Enrique de Guzmán

Los Reyes estaban en las ventanas que caían sobre la puerta principal de palacio; debajo hallábase el tablado de los embajadores, y á la derecha el de los jueces de la fiesta. Detrás de éstos había un aparador con muchas fuentes que contenían joyas de oro, plata y piedras preciosas, como premio á los caballeros vencedores. En el centro de la plaza veíase un caballo de madera donde había de colocarse el *faquín*, figura de un hombre armado y con escudo, en que debían dar con sus lanzas los campeones.

El Príncipe del Piamonte entró en el palenque con una lucida comitiva de dos maeses de campo (el conde de Puñonrostro y don Diego Pimentel), cuatro atabaleros muy bien vestidos, el *faquín*, metido en un castillo sobre un elefante y rodeado de servidores, doce pajes á caballo, vestidos á lo antiguo, con unos mascarones en los hombros, seis chirimías, seguidas de una hidra que vomitaba fuego por siete bocas, montado sobre ella un Hércules con su clava, y últimamente un enano con un cartel de desafío, donde, bajo una pintura que figuraba al *Furor* encadenado y dos arpias colocadas á los pies del carro de Belona, se leía el siguiente mote:

ABRASADAS PRIMERO QUE RENDIDAS.

Omitiendo, en gracia á la brevedad, la enumeración y lemas de las cuadrillas y nombre de los vencedores, sólo recordaré la nota humorística del festejo. Consistió en una cuadrilla de cien dueñas montadas en mulas de alquiler, que simulaban asistir al doctoramiento. Unas tocaban atabales, otras manejaban rosarios y objetos distintos, otras llevaban ferreruelos, espadas y sombreros, como los caballeros cuando asistían á tales actos, otras ostentaban las insignias de diferentes facultades, como capirotos, bonetes y becas. Un truhán del Rey, llamado Rabelo, iba con traje y borla de doctor en medio de las dueñas. Estas llevaban escudos y letras alusivas, como las siguientes:

A las dueñas justamente
Por el AMOR disfrazado
Se les da el supremo grado.

Las pasiones de las dueñas
Muertas no, aunque amortajadas,
Hoy se verán graduadas.

100.000 ducados, «y la Reina asimesmo se entretiene con su camarera mayor, las duquesas de Medina y del Infante, y suelen perder tres y cuatro mil ducados» (1).

Ningún otro acontecimiento digno de memoria ocurrió en la corte durante el año 1604, como no sea la vuelta del Corregidor D. Diego Sarmiento de Acuña, ausente

Para los actos de amor
En esta universidad
Nunca faltó facultad.

—
Maestras somos en artes,
Las primeras en licencias,
Doctoras de impertinencias.

—
Receptamos lamedores,
Purgamos melancolías
Y aconsejamos sangrías.

—
Vivimos de informaciones,
Del golfo hacemos estrecho
Y arrimamóse al derecho.

Detrás iba un carro triunfal, tirado por seis yeguas y con dos dueñas como cocheros, en el cual se veía al Amor en el acto de conferir el grado á una dueña puesta á sus piés. Decía la letra:

Solían ser bachilleras;
Pero ya no hay dueña agora
Que no quiera ser doctora.

Después de esta fiesta, á las once de la noche, los Reyes y la nobleza se trasladaron á casa del Duque de Lerma, donde se presentó una vistosa mascarada y se distribuyeron los premios.

(1) No olvidaba Felipe III las prácticas religiosas, aunque es evidente exageración lo que cuenta Antolinez de Burgos al hablar del convento de San Diego. «Tiene este Convento de S. Diego—dice—una pieza cuyas paredes están esmaltadas de la sangre de la Majestad de Felipe 3º, en testimonio de su penitencia y continua disciplina. No han querido los Religiosos borrar esta memoria, ni dejar de aprovecharse del grande ejemplo que reciben de aquellas manchadas paredes de tanta gloria, de las mortificaciones de este santo príncipe; así las conservan sin blanquearlas porque dure esta memoria en los ojos de las gentes, reliquia que puede ser el mayor nombre de la Casa de Austria.»

Quien visitaba con mucha frecuencia el convento de carmelitas descalzas, departiendo con las religiosas, era la Reina doña Margarita. Para ello hizo construir un pasadizo desde palacio al convento, no con mucho agrado de la Abadesa, que deseaba tener su residencia á salvo de toda curiosidad.

durante largo tiempo (1), la publicación de las paces con Inglaterra, á 21 de Noviembre, y la mudanza de la Chancillería desde Medina del Campo á Burgos, realizada en el mismo mes bajo pretexto de que en aquella villa había poca salud, y con notorio perjuicio para los litigantes.

Y comenzó con fiestas sin cuento el año de 1605, el más brillante de cuantos Valladolid vió pasar con la corte en su recinto. En previsión de un feliz alumbramiento de la reina, el Municipio preparó, como de costumbre, variados regocijos (2); y cuando, el día 8 de Abril, la corona se vió fortalecida con un varón, las demostraciones de alegría llegaron al más alto grado (3). El Rey comunicó oficialmente la noticia al Ayuntamiento (4), y éste dispuso que hubiera una máscara (5), procesión

(1) Arch. del Ayunt. *L. de Acuerdos 1604-1605, s. f.* Sesión 23 Junio 1604.

(2) «Este día [28 Marzo] los dichos sss acordaron que la noche del buen alumbrant^o de la rreina nr^a señora se aga luminarias en toda esta ciudad y en las cassas del consistorio y ayuntamt^o en las quales y en todas las demás partes que se pudiere se pongan musicas de ministriles, trompetas y atabales.» (*L. 1604-1605, s. f.*)

(3) «Este día [9 Abril] el sor corregr dijo que para lo que auia mandado llamar a rregimt^o pieno era para dar quenta a la ciudad como nr^o sr auia sido servido de alumbrar, quedando su mgd y alteça con uien, a la rreina nr^a sr^a de vn principe de España con tanta felicidad que en menos de ora y m^a estando su magd solo en la instancia deste tpo, fue nro sr. seruido de la alumbrar quedando su mgd y alteça muy buenos, de manera que a las diez de la noche fue el dicho y felicisimo nascimiento del principe para todos estos rreinos, y pues a esta ciudad la cauia mayores obligaciones que a todos estos rreinos, era justo hazer la demostración deste contento con fiestas y regocijos y tales que sean manifestos a todo el mundo.» (*L. 1604-1605, s. f.*)

(4) «El Rey.—Concejo, justa e Regidores, Caballeros, escuderos, oficiales y hombres buenos de la muy noble çiudad de Vallid. Este biernes santo ocho del presente entre las nueve y las diez de la noche como aueis entendido fue n^o sr seruido de alumbrar con uien y breuemte a la serenissima Reina mi muy cara y amada muger de vn hijo, porque le he dado y doy ynfinitas gracias y estoy desto con el contento que es raçón y tambien de que ella y el principe queden buenos, de que bos avemos querido avisar como a tan fieles basallos nuestros y os encargamos probeais y deis orden que en esa ciudad se agan por esto la demostración, alegrias y rregocixos que en tal casso se acostumbra que en ello nos tendremos de bosotros por seruido. En Vallid a treçe de abril de mill y seiscientos y cinco—yo el rrey—por mandado del rrey nro sr, Juan Ruiz de Velasco. (*L. 1604-1605, s. f.* Sesión 15 Abril).

(5) Acuérdesse á 10 de Abril «que el domingo de casimodo por la tarde y por la noche se aga vna mascara de a caballo de cien caballeros y por

general (1), y «que se agan unas medallas de plata con el nombre del príncipe nuestro señor para que se echen el día de su cristianismo» (2). Largas sesiones se dedicaron á preparar los festejos; encargáronse ropas, gualdrapas, mazas de plata, etc., y para todo ello—cosa obligada dada la penuria de las arcas municipales—hubo que acudir á varios préstamos (3).

Doña Margarita pasó algún peligro del sobreparto; pero pronto estuvo restablecida y nadie pensó más que en celebrar el nacimiento del Príncipe lo más dignamente posible. Para dar principio á los festejos, organizóse una encamisada en que salió el propio Duque de Lerma con sus hijos, se hicieron representaciones en la Plaza Mayor y en la de Palacio, y se encendieron luminarias, esto último con tan mala suerte que un incendio destruyó la torre de San Benito hasta fundirse sus diez y siete campanas. Con luminarias se festejó también la elevación al pontificado de León XI, y, muy poco después, la de Paulo V.

Otra circunstancia vino á reduplicar los regocijos, poniendo á Valladolid en situación tal, que muy bien hubiera podido decirse que *ardía en fiestas*. Desde la muerte de Isabel de Inglaterra, las relaciones con esta nación eran muy cordiales. D. Juan de Tassis, Conde de Villamediana, que había pasado á felicitar á Jacobo I, obtuvo una amable acogida; el Condestable de Castilla D. Juan Fernández de Velasco, poco después, había ultimado lo referente á las paces (4). Ahora, para hacer el juramento de las mismas en la corte de España, venía

rremate della se aga vn carro triunfal muy suntuoso.» La traza y adorno de este carro fué dispuesto por Tomás Gracián, quien recibió en pago «una fuente y jarro de plata de precio de cien ducados», con lo cual no quedó muy contento, según demuestra el Sr. Pérez Pastor en sus *Documentos cervantinos*.

(1) Aeuérdase, por mandado del Rey, que el día 17 «se aga vna procesión general desde la yglesia mayor hasta nra señora de san llorente», suspendiendo la máscara para el siguiente día. (*L. 1604-1605, s. f. Sesión 17 Abril*).

(2) Sesión 9 Mayo.

(3) Sesiones 10 Abril y 13 Mayo.

(4) De la jornada del Condestable á Inglaterra se escribieron varios relatos. Tengo á la vista uno de ellos (el impreso en Valladolid, por los herederos de Juan Iñiguez), con multitud de detalles que siento no poder extractar en esta ocasión.

á Valladolid el almirante inglés lord Charles Howar of Effingham. Creíase que desembarcaría en Santander; pero por circunstancias imprevistas arribó á la Coruña, para donde salieron inmediatamente don Blasco de Alagón y el aposentador mayor Gaspar de Bullón. El ilustre Góngora, que á la sazón andaba por Valladolid, y aún se complacía en zaherir á la ciudad con finas sátiras, escribió en un soneto muy conocido lo siguiente:

«Parió la Reina, el Luterano vino
con seiscientos herejes y herejías;
gastamos un millón en quince días
en darles joyas, hospedaje y vino...»

Y aunque la cifra parezca exagerada, es posible que el poeta cordobés se quedara corto. Desde que desembarcaron en la Coruña, todo el gasto de los ingleses, que pasaban de setecientos, corrió por cuenta de la Real Casa, más el sostenimiento de mil mulas que el Rey puso á su servicio.

El día que entraron en Valladolid, 26 de Mayo, llenaba la Puerta del Campo un gentío inmenso, á pié, á caballo y en coche. De pronto descargó un tremendo chaparrón que deslució el acto, «y aunque el Condestable—escribe Cabrera—dijo al Almirante que se pudiesen en las carrozas que iban de respeto detrás del acompañamiento, no dió lugar á ello, diciendo que se haría mala obra á tanta gente como había salido á verle.» Después de pasar por Santa Cruz, fué llevado el Almirante al palacio del Conde de Salinas. Dos días más tarde le recibieron en audiencia los Reyes, con las mayores muestras de afecto.

Quien desee conocer detalles sobre la estancia de los ingleses en Valladolid, lea las varias *Relaciones* que de las fiestas entonces celebradas se escribieron, lea las memorias de Cabrera, lea los pintorescos relatos que en la *Fastiginia* hace el portugués Pinheiro, el cual hasta se entretiene en contarnos de qué modo comía el Almirante Howar y su séquito. Verá qué de atenciones hubo para los ingleses, cómo se seguían con interés todos sus pasos, espionando si alguno de ellos mostraba inclinación al catolicismo, cómo se disputaban los nobles la honra de sentar á su mesa al Almirante, llegando á servirse en casa del Condestable más de mil platos y en la del Duque de Lerma «noventa platos de á doce cada

uno» (1). La necesidad de reducir este trabajo á determinadas dimensiones, me impide extenderme en otras noticias.

¡Terribles contrastes de la vida! Días antes, el 15 de Mayo, otro embajador extranjero, aquél pobre Uruch Bech que años antes había llegado de Persia, tuvo un fin desastroso. Convertido Uruch Bech al cristianismo con el nombre de D. Juan de Persia, por solicitud de los jesuítas de Valladolid, á quien él llama «tan discretos como grandes religiosos,» habíase establecido definitivamente en España. Y cuando feliz y contento vivía en la corte, entregado á galanteos alegres, un incidente de poca monta le acarreó la muerte en condiciones bien lastimosas. Marchaba don Juan en su carroza, cuando vió llegar á sus sirvientes vergonzosamente azotados por unos alguaciles, é indignado, echó pie á tierra para castigar á éstos, cosa que impidió la intervención de varias personas. Con tal motivo fué á visitarle en su alojamiento el que hacía de embajador; suscitóse pendencia entre ambos y don Juan cayó muerto. Su cadáver, dice Pinheiro, «fué puesto con poco respeto dentro de un carro de mimbres, cubierto con un paño sucio, con las piernas de fuera y arrastrando.» Así llegó seguido por multitud de chicos hasta Argales, donde le arrojaron en un barranco, «comiéndole perros por no haberle dado decente sepultura.» Dato curioso. En su habitación se encontró un libro donde anotaba las mujeres que le habían concedido sus favores—que parece pasaban de ciento—y gastos que ello le ocasionaba (2).

(1) Con relación á esta última comida, dice Pinheiro: «Concluido el banquete y levantados los manteles, hubo comedia en un jardín del duque, que estaba entoldado todo con sedas de brocado. Representóse la comedia de *El Caballero de Illescas* (*), con tres entremeses y bailes, la cual comedia fué muy aplaudida por los ingleses, y mucho más los bailes, cosa que entienden mucho mejor que la lengua. En esta ocasión fué muy celebrado un dicho del comediante Rios, el cual llamado por el duque y prevenido que representase cosas de amores ó guerras, y que no se metiese en cosas á lo divino ni en milagros, de miedo de ofender á los ingleses:—¿Entendéisme bien?—dijo el duque. «Yo lo cumpliré de tal suerte—dijo el comediante,—que aunque estornude pondré tiempo para persignarme», respuesta que celebraron mucho los cortesanos presentes.»

(2) Su compañero de embajada Boniat Bet, que se convirtió también al cristianismo con el nombre de D. Diego de Persia, fué acuchillado en Madrid por el famoso novelista Alonso de Salas Barbadillo.

(*) De Lope de Vega.

El 29 de Mayo—y no el 28 como dicen los historiadores,—primer día de Pascua, se celebró el bautizo del Príncipe (1). Por la mañana hubo procesión para inaugurar el capítulo general de los dominicos, con asistencia de Fr. Jerónimo Xavierre, general de la orden, y de seiscientos religiosos, entre ellos 32 provinciales y definidores de todas las provincias de Europa.

Por la tarde se hizo en la iglesia de San Pablo la solemnísima ceremonia del bautizo, que conocemos en sus más pequeños detalles por los relatos de diferentes plumas (2).

(1) Los historiadores han señalado el día 28 como fecha del bautizo seguramente por seguir al autor de la *Relación* más importante y verídica (la atribuida á Cervantes), que incurrió en ese descuido encabezando su relato de este modo: «El baptismo felicísimo del Principe, nuestro señor, en la iglesia de San Pablo de Valladolid, á 28 de Mayo.» Que esto fué un *lapsus*, se echa de ver observando que poco antes dice el mismo autor: «*El sábado, 28 de Mayo, por la mañana, porque el domingo adelante había de ser el bautismo del Principe, nuestro señor*, entraron en palacio en ordenanza, con cajas y pífaros, las guardas española y alemana, con la librea nueva de su Magestad, de las colores que trajo su padre, y la guarda de los archeros que para este caso estaba hecha.»

Todos los autores están conformes en que el bautizo fué el domingo de Pascua, festividad que aquel año cayó en 29 de Mayo. Cabrera de Córdoba tampoco deja dudas sobre el particular, como se ve por las siguientes palabras: «*Jueves á los 26 de Mayo*, llegó el Almirante de Inglaterra á la Corte... *El sábado adelante, víspera de Pascua*, salieron los de las guardas españolas y tudescas... *El día de Pascua por la mañana*, salieron los príncipes de Saboya... A las cinco fueron los Consejos de Castilla, Aragón, Italia, Inquisición, Ordenes y Hacienda con sus presidentes á San Pablo. . (*describe el bautizo.*)

(2) He aquí las relaciones que se citan del bautismo y de las fiestas celebradas por el nacimiento del Príncipe y estancia del Almirante Howar:

1. *Relacion de lo sucedido en la Ciudad de Valladolid, desde el punto del felicissimo nacimiento del Principe Don Felipe Dominico Victor nuestro Señor: hasta que se acabaron las demostraciones de alegría que por el se hizieron... En Valladolid, Por Juan Godinez de Millis.*

2. *Relacion cierta y verdadera del solenne Baptismo que se hizo á el esclarecido principe de España nuestro señor que Dios guarde muchos años para aumento de su Saneta Fe Catolica, en la ciudad de Valladolid Primero dia de Pascua de Espiritu Sancto, en el Convento de San Pablo. Dase cuenta en el orden que se tuvo en el Bautismo, y quien fueron los padrinos, y del nombre que se le puso, Anno de 1603 (sic). Impresso con licencia en Madrid.*

3. *Relación del bautismo del principe de España en Valladolid.* Madrid, 1605.

Prescindamos de las amazacotadas descripciones oficiales ú oficiosas, y oigamos al portugués Pinheiro.

«Los primeros que en la iglesia entraron, fueron los cuatro alcaldes de Corte con sus garnachas de setí, des-

4. *Discurso sobre las fiestas que se hicieron en Valladolid por el dichoso nacimiento del Príncipe Don Phelipe IV. hijo de los Catolicos Reyes Don Phelipe III. y doña Margarita de Austria. Por Don Geronimo Gascon de Torquemada, secretario del Rey nuestro señor y su aposentador el mas antiguo de la Real Casa de Borgoña, de la Camara de los Serenissimos Principes de Saboya y electo de la Camara del Serm^o Señor Infante Don Carlos, hermano de Su Magestad, año de 1605.*

5. *Relazione di quanto à successo nella citta di Vagliadolid dopo il nascimento del principe di Spagna. Milano, 1608.*

6. *Relacion general de las fiestas que se hizieron en la ciudad de Valladolid diez días del mes de Junio de 1605. despues del bautismo del Principe que Dios guarde, y del juego de cañas en q entro su Magestad el Rey don Felipe nuestro Señor, y la yda que hizo la Reyna de palacio á la plaza y la comida que le dieron en el Conistorio de la ciudad, y de los toros que se corriero, y de la muestra general que se tomo a veinte y seis copañias en la puerta del Campo, para entregar el baston al Duque de Lerma, y de las pazes de Inglaterra, y de la fiesta del Corpus, y venida de la Yglesia a palacio su Magestad, el Rey do Felipe N. S. q. Dios guarde.—Impresso con licencia en Cordoua, en este Año de 1605.*

7. *Fiestas que se hicieron con motivo del nacimiento de Phelipe IV, y entrada y festejos hechos al Embajador de Inglaterra que vino á tratar paces. (Ms. citado por Salvá.)*

8. *Hospedaje que se hizo al Almirante de Inglaterra, cuando vino á la conclusion de las paces. (B. Nacional, ms. 5-49.)*

9. *Lettera di Lelio Girinzone di relazione del viaggio della regina di Spagna, Ferrara, 16 Novembre 1598; della sua entrata a Valenza, 1599; e del ricevimento dell' ammirante d' Inghilterra in Vagliadolid a 1605. (Ms. de la B. Nacional de Florencia.)*

10. *Sarao que sus Magestades hizieron en palacio por el dicho (sic) nacimiento del príncipe nuestro señor don filipe quarto deste nonbre, en la ciudad de Valladolid, á los diez y seis del mes de Junio, año de 1605. (Ms. cit. por Alenda.)*

11. *Relacion del sarao y máscara con que se celebró en el palacio real de Valladolid el 16 de junio de 1605, el nacimiento del príncipe Don Felipe. (Ms. de la B. de Salvá.)*

12. *Relacion del Serao q. se hizo en la corte en Junio de 1605. (Ms. cit. por Alenda.)*

En vista del soneto de Góngora que termina:

Mandáronse escribir estas hazañas
á Don Quijote, á Sancho y su jumento,

se ha discutido si esta alusión se dirigía á Cervantes, y, por consiguiente, si el autor del Quijote escribió alguna relación del bautismo,

pués el Consejo Real con su presidente, y en seguida los inquisidores y capellanes reales, presididos por el capellán mayor. Luego 25 hidalgos ó gentiles hombres de la casa del Cardenal, y detrás de éste los capellanes, clérigos y pajes de su reverendísima persona. Venía después el aya del Rey, condesa viuda de Altamira, hermana del de Lerma.

Cerca ya de las seis, salieron de la iglesia los alcal-des de Corte arriba citados, y los Consejos todos, con sus respectivos presidentes, exceptuando tan sólo el de Portugal, que no sé si por desprecio ó por despreciado, no asistió (1). Venían los consejeros que serían unos 50, con sus garnachas de seda, aforradas en setí de la misma color, que parecían senadores romanos. De allí á poco salieron de la iglesia los títulos y señores (2), y bajaron por una escalera que partiendo de la puerta principal iba al Palacio y terreiro (plaza de frente), de cara al pueblo allí congregado: que fué espectáculo muy digno de verse, por hallarse junta toda la nobleza de España, lujosamente vestida y ataviada con gran riqueza de perlas y piedras preciosas del Oriente...

Venían en seguida algunos grandes, llevando las cosas necesarias para el bautizo, á saber: el de Pastrana, el jarro; el conde de Alba de Liste, en un plato, la estola ó

que había de ser una de las que en la anterior lista ocupan los tres primeros lugares.

El Sr. Pérez Pastor (*Documentos Cervantinos*, t. II, p. 411) ha demostrado que una de estas *Relaciones*, tal vez la más importante, es debida al cronista Antonio de Herrera, lo cual quita muchas probabilidades á aquella suposición. Aunque ya en 1620 creía un escritor, seguramente bajo la influencia del soneto de Góngora, que Cervantes escribió «las fiestas que en Valladolid se hicieron al nacimiento de nuestro Príncipe», me inclino á la negativa. Es imposible descifrar las alusiones del poeta cordobés; pero ¿no parece que al hablar de *Don Quijote*, *Sancho y su jumento*, más que á una persona se refería á tres, que quizá habrían sido comisionadas con tal encargo, dándose tal vez la circunstancia de que una de ellas era escuálida como el ingenioso hidalgo, la otra rechoncha como Sancho, y la última, por sus escasas luces, admitía comparación con el rucio? Téngase en cuenta la popularidad que por entonces habían adquirido ya los personajes creados por Cervantes, como lo testifica Pinheiro da Veiga.

(1) Tampoco asistió el de Indias, «por estar convaleciendo el conde de Lemos—dice Cabrera—de sus vahidos y achaques.»

(2) Lo mismo aquí que un poco más arriba, debe ser «llegaron á la iglesia», como se deduce del contexto.

alba, que es la insignia de los catecúmenos; el duque de Alba, la vela, que yo mismo ví horas antes, y tenía pintado al óleo dos figuras de apóstoles y otras cosas, obra de arrogante pincel y bien ejecutada. Llevaba el condestable el bollo, que ellos llaman mazapán, á manera de corona imperial, hecha de alfeñique, que hay en la corte quien las da en alquiler para los bautizos. El duque del Infantado, el salero (1). Venía, por último, el duque de Lerma con el Príncipe en los brazos, vestido de vaquero largo, calzas de tisú de oro ricamente bordado; el Príncipe iba envuelto en un finísimo cendal y cubierto con una mantilla de tafetán blanco maqueado de aljofar y salpicado de oro. A su izquierda venía el Príncipe de Saboya, más joven que nuestro prior de Crato, y detrás de él el hijo del duque de Lerma, que lo es de Cea. Al acercarse á las ventanas de las casas, el duque y su hijo descubrían el rostro del Príncipe y le enseñaban al pueblo: las mujeres le arrojaban besos, los hombres mil bendiciones, con tanta alegría y regocijo, que bien se echa de ver cuán poderoso es entre la gente este nombre de Rey, si bien el Príncipe no tiene aún edad para apreciar estas demostraciones. Hacía de madrina la Infantita, y de padrino el Príncipe de Saboya (Vittorio Amadeo). Venía aquélla en una silla de manos, de ruedas, de la cual tiraban dos escuderos de cámara, en cuerpo, por unas cadenas de oro. La Infantita estaba vestida de setí blanco, tomados los golpes con *ss* de plata, capellina en la cabeza, como aldeana, sombrero con capuz, aletas y vivos del mismo brocado. Dos de sus damas la acompañaban, una de 7, otra de 12 años; mas ninguna hay tan bonita y agraciada como ella, pues tiene hermosos ojos, es muy viva y tiene buen color de rostro. A la izquierda iba el padrino, acompañando á la señora madrina.

Iban detrás las mujeres de los grandes, duques y otros señores de título, en número de 40, todos vestidos lo más ricamente que se pudiera imaginar. Detrás 20 damas de la Reina, en cuerpo, y sin más adorno en las cabezas y cuellos que sus gorgueras y arandelas, que así parecen mucho mejor...»

El cardenal de Toledo, encargado del bautizo, esperaba á la puerta de la iglesia, con el Inquisidor general,

(1) Los narradores discrepan en la distribución de estos objetos á los citados nobles.

el arzobispo de Burgos y los obispos de Segovia y Astorga. «Tomó en los brazos al Príncipe el del Piamonte—dice Cabrera describiendo la ceremonia—y habiéndose hecho la solemnidad de los exorcismos, le tornó á tomar el Duque y entraron en la iglesia, que había echadas dos vallas de madera por medio de las cuales pasó el acompañamiento con harta dificultad, por la mucha gente que le ocupaba todo y poco cuidado que hubo en despejarla, y las paredes estaban colgadas de la tapicería de la jornada de Tunez, y en medio de la capilla mayor había parada una rica cama de tapices con solo el cielo de ella, con los mástiles de plata, sobre una tarima de cuatro gradas y debajo la pila en que fué bautizado Santo Domingo, que se había traído de cierto monasterio de monjas de la Rioja (1), la cual es de piedra tosca, mal tratada alrededor por muchas partes, de la antigüedad, y aparte había otra cama con cortinas, dentro de la cual desenvolvieron al Príncipe y le pusieron en manos del de Piamonte, el cual le tuvo en la pila, y le pusieron por nombre Felipe Domingo Victorio: por el padre, por la pila de Santo Domingo en que le bautizaron, y por el padrino. Acabada la solemnidad tornó á tomar el Duque en brazos á su Alteza y se volvió con el acompañamiento por donde había ido; llevando menos el Príncipe los dijes que había traído, porque al tiempo de desenvolverle se los tomaron, sin saber quién, que si bien por ser muy ricos se sintió la pérdida, pero más por las reliquias que tenían, y una de *Lignum Crucis*, que había sido del Emperador y Rey difunto. Subieron por otra escalera de madera secreta por dentro de la portería á la galería, sin que de la plaza se pudiera ver como á la ida, habiendo estado siempre el Inglés y sus caballeros en las ventanas de las casas del conde de Ribadavia, y los Reyes en la iglesia, en cierta celosía secreta, viendo lo que pasaba, y después pasó el Almirante y estuvo en un tabladillo.»

Y comenzaron, ó, mejor dicho, continuaron los regocijos, en los cuales invirtió el Municipio crecidas sumas; que no en vano había recibido como Corregidor, con fecha 8 de Mayo, á D. Diego Gómez de Sandoval, hijo del Duque de Lerma (2). El tercer día de Pascua

(1) De Caleruega.

(2) *Arch. del Ayunt. L. de Acuerdos 1604-1605.* s. f. (Sesión 8 de Mayo de 1605).

salió la reina á oír misa en San Lorenzo, con magnífica pompa. Iban delante los alcaldes de casa y corte, luego los títulos ricamente vestidos, en número de setenta y cinco, á continuación la reina y la infanta, en una carroza, escoltadas por veinte pajes, marchando al estribo el rey Felipe, á caballo, y el marqués de Falces, capitán de la guardia; seguía la condesa de Altamira en una litera descubierta con el Príncipe en el regazo, y últimamente la camarera mayor y numerosas damas. El gran Cervantes, que á no dudar presenciaba el espectáculo entre la multitud, intercaló en *La Gitanilla* un romance «de cuando la reina doña Margarita salió á misa de parida en Valladolid, y fué á San Llorente» (1).

El día del Corpus, 9 de Junio, á las seis de la tarde, se hizo el juramento de paces con Inglaterra, en el nuevo y magnífico salón que junto á palacio se había construído para fiestas, decorado por Milán Bimercedo.

(1) He aquí el romance:

Salió á misa de parida
la mayor reina de Europa,
en el valor y en el nombre
rica y admirable joya.

Como los ojos se lleva,
se lleva las almas todas
de cuantos miran y admiran
su devoción y su pompa.

Y para mostrar que es parte
del cielo en la tierra toda,
á un lado lleva el sol de Austria,
al otro la tierna aurora.

A sus espaldas la sigue
un lucero que á deshora
salió la noche del día
que el cielo y la tierra lloran.

Y si en el cielo hay estrellas
que lucentes carros forman,
en otros carros su cielo
vivas estrellas adornan.

Aquí el anciano Saturno
la barba pule y remoza,
y aunque tarde, va ligero,
que el placer cura la gora.

El dios parlero va en lenguas
lisonjeras y amorosas,
y Cupido en cifras varias
que rubíes y perlas bordan.

Allí va el furioso Marte
en la persona curiosa
de más de un gallardo joven
que de su sombra se asombra.

Junto á la casa del sol
va Júpiter, que no hay cosa
difícil á la privanza
fundada en prudentes obras.

Va la luna en las mejillas
de una y otra humana diosa,
Venus casta en la belleza
de las que este cielo forman.

Pequeñuelos Ganimedes
cruzan, van, vuelven y tornan
por el cinto tachonado
desta esfera milagrosa.

Y para que todo admire
y todo asombre, no hay cosa
que de liberal no pase
hasta el extremo de pródiga.

Milán con sus ricas telas
allí va en vista curiosa,
las Indias con sus diamantes,
y Arabia con sus aromas.

Con los mal intencionados
va la envidia mordedora
y la bondad en los pechos
de la lealtad-española.

La alegría universal
huyendo de la congoja,
calles y plazas discurre
descompuesta y casi loca.

A mil mudas bendiciones
abre el silencio la boca,
y repiten los muchachos
lo que los hombres entonan.

Cuál dice: "Fecunda vid,
crece, sube, abraza y toca
el olmo felice tuvo
que mil siglos te haga sombra;
para gloria de tí misma,
para bien de España y honra,
para arrimo de la Iglesia,
para asombro de Mahoma...

y Gregorio Hernández, y que tenía, dice Pinheiro, «ciento y cincuenta piés de longitud y un tercio de latitud.» El cardenal de Toledo, dando comienzo á la ceremonia, leyó un papel que decía lo siguiente: «Vuestra Majestad promete sobre su fe y palabra Real, que observará y cumplirá, y hará observar y cumplir, inviolable, realmente y con efecto, sin fraude ni dolo alguno, todos los puntos y artículos contenidos en el tratado de la confederación y liga que se ha acordado y concluído entre vuestra Majestad y el serenísimo Rey de la Gran Bretaña é Irlanda, que entonces se intitulaba Rey de Inglaterra, Escocia é Irlanda, por los despachos de entrambas partes, en la ciudad de Londres, á veintiocho de Agosto del año próximo pasado de mil y seiscientos y cuatro; y asimismo los dos capítulos que Juan Fernandez de Velasco, Condestable de Castilla, en nombre de vuestra Majestad concedió á los súbditos del dicho serenísimo Rey de la Gran Bretaña é Irlanda, para que pudiesen transportar las mercaderías de Alemania á España libres del derecho de treinta por ciento, en la forma que en los dichos capítulos más largamente se contiene, su fecha en la ciudad de Londres, á dos días del mes de Setiembre del dicho año de mil y seiscientos y cuatro, sin jamás contravenir, ni consentir que se contravenga á ello, ni á cosa ni parte dello en ninguna

Otra lengua clama y dice:
"Vivas ¡oh blanca paloma!
que nos has dado por crías
águilas de dos coronas;
para ahuyentar de los aires
las de rapiña furiosas,
para subir con sus alas
á las virtudes medrosas."
Otra más discreta y grave,
más aguda y más curiosa,
dice, vertiendo alegría
por los ojos y la boca:
"Esta perla que nos diste,
nácar de Austria, única y sola,
¡qué de máquinas que rompe!
¡qué de designios que corta!
¡qué de esperanzas que infunde!
¡qué de deseos malogra!
¡qué de temores aumenta!
¡qué de preñados aborta!."
En esto se llegó al templo
del fénix santo que en Roma
fué abrasado, y quedó vivo
en la fama y en la gloria.
A la imagen de la vida,
á la del cielo Señora,
á la que por ser humilde
las estrellas pisa ahora;

A la Madre y Virgen junto,
á la Hija y á la Esposa
de Dios, hincada de hinojos
Margarita así razona:
"Lo que me has dado te doy,
mano siempre dádivosa;
que á do falta el favor tuyo
siempre la miseria sobra.
Las primicias de mis frutos
te ofrezco, Virgen hermosa.
Tales cuales son las mira,
recibe, ampara y mejora.
A su padre te encomiendo;
que humano Atlante se encorva
al peso de tantos reinos
y de climas tan remotas.
Sé que el corazón del Rey
en las manos de Dios mora,
y sé que puedes con Dios
cuanto pidieres piadosa."
Acabada esta oración,
otra semejante entonan
himnos y voces que muestran
que está en el suelo su gloria.
Acabados los oficios,
con reales ceremonias
volvió á su punto este cielo
y esfera maravillosa.

manera, por vuestra Majestad ni por sus súbditos, ni por vuestra Majestad ni por ellos se asentará ni innovará cosa alguna contra la dicha confederación y liga directa ni indirectamente.» Juró D. Felipe sobre un misal; y como el Almirante inglés, que sin duda no fiaba mucho en palabras, manifestara deseos de que lo firmara, así lo hizo el Monarca (1).

El viernes 10 fué día completo. Al medio día se trasladaron los reyes á la Casa-ayuntamiento. «La yda de palacio á la plaça—dice el autor de la *Relación* impresa en Córdoba,—fue muy de ver, porque fue la Reyna en un palafren blanco, con que gualdrapa bordada de muy gran valor, yua á dos estriuos muy corta, con una saya grande de tela de rosa seca con picaduras grandes aforrada de tela de plata, la saya yua muy larga para suplir la caualleria de dos estriuos. El Rey iua a su lado muy galan de la misma color...» Comieron sus majestades en la casa de la ciudad, y luego hubo toros y cañas, para lo cual habíanse levantado tablados que «parece imposible—dice Pinheiro—que haya en Valladolid madera para labrarlos y gente para henchirlos.» «Los toros—sigue el de Córdoba—fueron buenos, aunque la mucha gente no los dexaua menear. Vuo muchos caualleros con rexones, y los que se señalaron fueron, el Marqués de Barcarrota, y un hijo de Christoual de Barrios, al Duque de Alua le mataron un cauallo muy bueno, y otros dos a otros caualleros. Entro a dar lançada un cauallero de Medina del Campo, y hizolo muy mal, porque parado el toro sin acometerle le pico con la lança en un lado, y se la saco el toro de la mano, y la lleuo clauada gran trecho descalabrando con ella á los que topaua, tomo otra lança este mismo, y lo hizo peor... No sucedio desgracia sino en gente ordinaria.» En el juego de cañas entraron, dice Cabrera, «ocho cuadrillas de á diez caballeros cada una, y delante de S. M. entraron doce acémilas cubiertas de reposteros de terciopelo carmesí con las armas del Rey, bordadas de oro, y los garrotillos y las chapas de las cabezas, de plata, y de seda las sogas, las cuales llevaban las cañas; y tras ellas veinte y seis caballos con cubiertas de terciopelo carmesí, y el nombre del Rey en cifra bordado

(1) El Sr. Villaurrutia, en sus *Ocios diplomáticos* (Madrid, 1907), demuestra que esta paz no se negoció por sir Rober Car, como se ha creído, sino por sir Robert Cecil, marqués de Salisbury.

de oro en ellas con su corona; y luego diez y ocho de los príncipes de Saboya con cubiertas de terciopelo negras, las tres bordadas las guarniciones de plata blanca, y las demás sembradas de lo mismo, y otros cuarenta y ocho caballos de la cuadrilla del Rey, y muchos más de las cuadrillas, que fueron mucho de ver por haberse traído de la Andalucía y otras partes algunos, y así eran todos extremados. Después entraron por esta orden en el juego de cañas: S. M. delante y á su lado el duque de Lerma, con veinte y cuatro lacayos, que era orden que no entrasen con más ninguna cuadrilla, y tras él iba el Corregidor con la de la Ciudad; y tras él el Condestable con la suya; y después el duque de Pastrana, y luego el duque de Alba: seguíase el duque del Infantado y tras él el conde de Alba de Liste; y los postreros iban los príncipes de Saboya, todos con muy lucidas libreas y vistosas, que parecieron en extremo bien en la plaza, y se jugaron las cañas y corrieron las parejas muy bien. S. M. se señaló sobre todos en la destreza y bien que lo hizo: Dios le guarde (1); y el Almirante y los ingleses quedaron muy contentos y maravillados de esta fiesta y de los muchos y buenos caballos y libreas que se sacaron en ella. Salió herido el Condestable en la cabeza, de una caña que le sacó sangre; pero dentro de dos ó tres días estuvo bueno y pudo salir de casa; dicen que se la dieron de la cuadrilla del duque de Alba. Y á ver esta fiesta concurrió toda la Corte, y de muchas partes de Castilla y aun de afuera de ella, con que se hinchieron las ventanas, tablados y terrados de infinita gente.»

Para el sábado 11 se dispuso la «muestra general» de la caballería en España. El acto tuvo efecto en la Puerta del Campo, dentro de una plaza cercada, y consistió en un desfile de las guardas de Castilla, caballos arcabuceros y otros, no tan brillante sin duda como pretendieron sus organizadores.

Pero el espectáculo más interesante fué la máscara y sarao efectuados el día 16 del mismo mes, ante numerosos nobles y cortesanos. En el salón grande de palacio, profusamente alumbrado, aparecía el templo de la Felicidad, en artística imitación y resplandeciente de oro; en su remate veíase la Fama. Tocó ésta un clarín, y un

(1) Aquí debe de haber algo de adulación. Pinheiro dice que sobresalieron el príncipe de Saboya y el del Piamonte.

coro «como de ángeles», que estaba en las ventanas del aposento, entonó una canción que empezaba:

La virtud generosa
Creada de ministros celestiales
Y de su luz hermosa,
Para comunicarla á los mortales
Descendió adonde baña
Pisuerga el tronco superior de España,
Dando en la antigua Pincia
Que Olid restituyó, donde su Reyes
Dan á tanta provincia
Como su imperio abarca, tantas leyes,
Un subcesor augusto
A luz salió, terror del pueblo injusto... (1)

Abrióse la puerta principal del aposento y entró, tirado por dos jacas, un carro triunfal en forma de popa de navío, con muchos adornos de relieve, mascarones, sirenas, etc.; en él iba la infantita doña Ana Mauricia con dos meninas. En derredor marchaba una tropa de vihuelas, 24 pajes con vaqueros de tabíes de oro, llevando hachas encendidas, y cuatro meninas representando alegóricamente las virtudes de un príncipe: la Majestad ó Justicia, con una espada en la mano, la Liberalidad, con un sol resplandeciente, la Seguridad, con un áncora de plata, asida de cordones de plata y oro, y la Prudencia embrazando un escudo y un cristal en forma de espejo. Seguían luego la Paz y la Esperanza, coronadas de palmas, laureles y olivas (2).

Salió la infanta del carro, sentándose en una silla de brocado; cantaron los músicos himnos explicativos de la alegoría, y se descorrió una cortina en la parte frontera del salón, detrás de la cual se veía un espacio adornado en forma de cielo. De él, en una nube, fueron descendiendo veintiocho héroes y ninfas, de dos en dos, al compás de agradable danza.

Terminada esta primera parte, ya sin máscaras los Reyes y los nobles, comenzó el sarao. Bailaron los dos

(1) Reproduce estos versos, así como otros cantados después, la repetida *Relación* que se atribuye sin fundamento á Cervantes.

(2) Estas meninas fueron: D.^a Juana y D.^a Isabel de Aragón, D.^a María de Velasco, D.^a Catalina de Guzmán, D.^a Bárbara del Mayno y D.^a María Zapata.

sobrinos del almirante de Inglaterra, y al comenzar la *danza del hacha*, doña Catalina de la Cerda, por indicación de S. M., invitó á bailar al propio lord Howar.

El día 18 de Junio partió lord Howar de Valladolid con todos los suyos, de regreso á su patria. La munificencia de los monarcas y magnates españoles, se reveló en los valiosísimos obsequios que recibió como recuerdo (1).

Tres días después, el 21, salieron los Reyes para la Ventosilla, donde pasaron el día de San Juan, el cual se celebró en Valladolid, como de costumbre, con grandes regocijos en el Prado de la Magdalena, enramadas, almuerzos, bailes, etc. Sus majestades pasaron el 27 á Lerma, donde presenciaron fiestas de toros y cañas, así como las representaciones de la compañía Ríos, que fué al efecto desde Valladolid. El último día de Julio se trasladaron á Burgos, y allí permanecieron un mes justo, disfrutando de buena temperatura y de variados festejos (2). Entraron en Valladolid, de regreso, el 7 de Septiembre; pocos días permanecieron en la Corte, porque el 16 salieron para San Lorenzo.

Una funesta circunstancia interrumpió el viaje. Al llegar á Valdestillas, la reina cayó enferma de tanto cuidado que, para ser mejor atendida, hubo de pasar á

(1) El Rey le dió 45.000 escudos de joyas, con 3.000 en dinero para sus criados. Los duques del Infantado le regalaron dos caballos con sus jaeces, doce espadas de Toledo, cien pares de guantes y treinta cueros aderezados; el duque de Alba y la condesa de Villamediana sendos caballos, y los condes de Lemos sartas de pasta de ámbar y otras cosas. El día de la fiesta de toros había recibido otro caballo ricamente enjaezado. Para el Rey de Inglaterra llevaba otros seis caballos.

(2) En el archivo de Chancillería—centro que, como ya se ha dicho, estaba entonces en Burgos—hay curiosos detalles sobre la permanencia de los Reyes en aquella ciudad. Llegaron el 31 de Julio y se aposentaron en las casas del condestable de Castilla. El día 3 de Agosto se corrieron cañas, fiesta que se repitió quince días después. Por cierto que en ellas murió, á consecuencia de un encuentro violento, don Gómez de Castro Lerma, y quedó mal herido su tío Juan Martínez de Lerma. El día 16 de Agosto visitaron los Reyes la Chancillería, acompañados de los dos Príncipes de Saboya, el Duque de Lerma, el de Zea, el Marqués de Velada y otros muchos. Con tal motivo preparóse «una merienda y colación para sus magestades y colación aparte para las damas, en que se juntaron ciento y setenta platos de diversas colaciones las mejores y mas preciosas que se pudieron juntar» *Arch. de Chancillr. L. de Acuerdos de 1601 á 1612, f. 200.*

Olmedo, alojándose en casa de don García de Cotes. El mal se agravó en tal forma, que se creyó preciso administrarle el Viático, y en Valladolid se expuso el Santísimo Sacramento en las iglesias y salió una solemne procesión por su salud. Mejoró un tanto, por lo cual el Rey creyó que podía marchar á Ventosilla; pero recayó poco más tarde, no llegando á una curación total sino después de largos días. En Tordesillas pasó la convalecencia, y á fines de Noviembre regresó á Valladolid con su regio esposo.

IV

Movimiento literario y artístico.—El teatro.—Esplendor de la Corte.—Lances y desafíos.— Los *pícaros* de Valladolid.—Cazoleros y ballenatos.—Sátiras.—El Esgueva.—Las nieblas de Valladolid.

Mientras de esta suerte se desarrollaba la vida de corte, Valladolid era centro de la actividad literaria y artística. En otro lugar he bosquejado el movimiento de las letras en este período (1), y lo que aún tengo que decir será materia, según pienso, de una obra más extensa. Los más insignes autores del siglo de oro se reunieron por entonces en la ciudad del Pisuerga.

Quevedo alternaba sus estudios de filosofía y teología con las tareas poéticas; Cervantes pergeñaba *El coloquio de los perros* y *El casamiento engañoso* y soportaba las molestias causadas por la muerte de Ezpeleta; Góngora distraía sus ocios satirizando al Esgueva ó viajando por las villas y pueblos próximos (2); Vélez de Guevara, en servicio del conde de Saldaña, terminaba *La Serrana de la Vera*; Salas Barbadillo cursaba cánones en la Universidad, y escribía poesías religiosas; Bartolomé

(1) *Noticias de una corte literaria*. Valladolid, 1906.

(2) Que estuvo en Medina del Campo—y, por cierto, jugando un partido de pelota con varios caballeros de aquella ciudad—lo demuestra una de sus poesías; visitó la huerta que los Condes de Salinas tenían orillas del Duero, según se ve por un soneto; y es posible que un viaje á Palencia le inspirase el romance que empieza:

Las aguas de Carrión
que á los muros de Palencia...

Leonardo de Argensola cincelaba sonetos, como el dedicado al nacimiento de Felipe IV y el de censura al arte de la esgrima; Vicente Espinel recogía observaciones para su *Escudero Marcos de Obregón*; don Gonzalo de Céspedes Meneses, perfecto conocedor de la vida de Valladolid, se entretenía probablemente en aventuras peligrosas (1); el Príncipe de Esquilache componía ver-

(1) Creo no equivocarme al suponer que la aventura que acarreó á Céspedes una prisión, poniéndole muy cerca de la horca, acaeció en Valladolid. En *El español Gerardo*, que, según confesión de Céspedes, tiene parte histórica, le ocurre al protagonista un lance amoroso en Valladolid. En la *Varia fortuna del soldado Pindaro*, le sucede á éste, también en Valladolid, un incidente muy parecido. En ambos casos, el protagonista tiene un hermano, que muy bien puede ser—si tales episodios encierran valor autobiográfico,—D. Sebastián de Céspedes y Meneses.

Véase con qué colorido de verdad se expresa D. Gonzalo:

“Corría en la ocasión de entonces la dichosa era y año de 605, en cuyo progreso nació á los 8 del mes de abril nuestro deseado y venturoso príncipe don Felipe, cuarto deste clarísimo nombre, con particular contento del Tercero, padre suyo, Alejandro español y de la inestimable y austral Margarita, dignísima prenda de tan poderoso monarca, y en general de todos sus vasallos, los cuales con grandes y generosos regocijos mostraron esta rarísima afición, celebrando el dichoso parto con las veras que su fe y lealtad les incitaba. A estas universales alegrías, acompañado de su hermano Leocio y otros deudos y amigos, vino á Valladolid el olvidado Gerardo...”

“Vivía Gerardo bien cerca de la calle cuyo nombre toma del antiguo y nobilísimo blasón de los ilustres Zúñigas...”

(*El Español Gerardo. Discurso segundo.*)

“Andaba yo á este tiempo por Valladolid con licenciosas galas de soldado señalado y lucido, ya unas veces pintado de diversas colores, y ya otras con los extremos dellas, plumas, guarniciones y bandas, y ya con más cadenas, cintillos y botones que muestra una fachada de platero. En breve espacio tuve muchos amigos y aun valedores de mayor gerarquía; pude, si me entendiera entonces, granjear para ahora diferente lugar y el puesto que alcanzaron otros menos dignos mediante patrocinios y favores, que en aquella era fueron los que dominaron las gentes; pero mis cortos años desbarataron mis más cuerdos designios...”

“Pero tornemos á las mías; las cuales, faltando al agasajo y adulación de los ministros, á la adoración y reverencia de sus deidades, eran oír comedias, dar seis bordos al Prado, músicas en el río y matracas en el Espolón. En tales ejercicios casi se me pasó el verano, cuando, al entrar agosto, sus grandes calmas y carestía de vientos, sacándome de casa, me plantaron una tarde en el Prado. Llegué á la Madalena, recé, y en su misma portada me saltó el principio de uno de los más notables casos que han pasado por mí en el discurso de mi vida...”

(*El Soldado Pindaro. Libro segundo. § I.*)

sos amorosos; el antequerano Pedro de Espinosa recopilaba sus *Flores de poetas ilustres...* Las Musas no podían quejarse de la corte del Pisuerga.

Al lado de los poetas forasteros se agitaba un brillante grupo de poetas indígenas. El doctor Pedro de Soria, natural de Olmedo, elogiado por Cervantes en su *Canto de Caliope*, por Lomas Cantoral en sus *Obras* y por González Dávila en su *Teatro eclesiástico*, descollaba entre los demás «cual entre las menores tiernas plantas —se levanta el ciprés con gallardía» (1). El doctor Pedro Sánchez de Viana, nacido en el lugar de este nombre, gran traductor de las *Metamorfosis* de Ovidio y del libro *De Consolatione* de Boecio, autor de unos *Equívocos morales*, de un poema sobre «la excelencia del hombre» y de varias poesías, aún se hallaba en condiciones de versificar. El viejo regidor Pero Lopez Enriquez de Calatayud, traductor del *Orlando* de Dolce, dejaba de asistir por aquella época—1601—á las sesiones del Ayuntamiento. El doctor Alonso López Pinciano, ya famoso por la *Filosofía antigua poética* y por la obra *Hippocratis prognosticum*, ocupado por entonces en imprimir su poema *El Pelayo*, tal vez vino á la Corte después de morir doña Mariana de Austria, de quien era médico. También, en los últimos tiempos de la Corte, pasó desde Italia á Valladolid, su pueblo natal, el excelso Cristóbal Suárez de Figueroa, que todavía había hecho pocos ensayos literarios

Mucho abundaba también la gente de farándula. Los más famosos *autores de comedias*—sabido es que recibían este nombre los directores de compañía—representaron en el *patio* de Valladolid, situado donde hoy está el teatro de la Comedia (1). Con uno de ellos vino á la

(1) Lope de Vega, en *El Peregrino en su patria*, también cita al doctor Soria:

«Gran legista Enriquez, Soria Médico.»

(2) Representaron en Valladolid Diego de Santander, Pedro Jiménez, Gaspar de los Reyes, Nicolás de los Rios, Antonio de Villegas, Baltasar de Pinedo, Diego López de Alcaráz, Antonio de Granados, Gaspar de Porres, Alonso Riquelme, etc.

Berganza, uno de los perros que introduce Cervantes en el *Coloquio*, llegó á Valladolid con unos cómicos. Cuando refiere á su compañero *Cipión* lo que vió entre los comediantes, «su proceder, su vida, sus costumbres, sus ejercicios, su trabajo, su ociosidad, su ignorancia y su agudeza», habla de esta manera: «Con una compañía llegué á esta

Corte el donoso madrileño Agustín de Rojas Villandrando, *el caballero del milagro*, que se ocupaba á la sazón en terminar su *Viaje entretenido*.

Al mismo tiempo que las comedias en el teatro, se representaban autos en carros ambulantes, generalmente, según ya hemos visto, frente á las casas del Almirante. También en la Catedral y en otras iglesias y conventos, se hacían misterios y cantaban villancicos (1), originándose tales abusos y profanaciones que fué preciso reprimirlos en 1610 (2).

Las artes plásticas disfrutaban de idéntico cultivo. Pompeyo Leoni trazaba en yeso los modelos de estatuas de los Duques de Lerma, en cuya ejecución intervinieron luego Juan de Arfe y Lesmes Fernández del Moral; Bartolomé Carducho y su hermano Vincencio— el autor de «el mejor libro de pintura que tenemos en castellano»—trabajaban con Estacio Gutiérrez, Fabricio Castelo y tantos otros, en las obras del palacio real y de la iglesia de San Pablo; Juan Pantoja de la Cruz pintaba el retrato de Felipe III; numerosos pintores, escultores, arquitectos y decoradores, se ocupaban en trabajos de todo género (3).

En lo relativo al brillo externo, la Corte de Valladolid no dejaba nada que desear. «Bien puede asegurarse—dice Pinheiro da Veiga—que este año de 1605 la corte de España es la más espléndida, culta, entretenida y alegre de cuantas en el mundo hay, y que nunca en parte alguna se vió ciudad que la aventajase en el lujo y ostentación de su nobleza, hermosura, donaire, gracia y discreción de sus damas y general disposición de

Ciudad de Valladolid, donde en un entremés me dieron una herida que me llegó casi al final de la vida; no pude vengarme por estar enfrenado entonces, y después á sangre fría no quise, que la venganza pensada arguye crueldad y mal ánimo. Cansóme aquel ejercicio, no por ser trabajo, sino porque veía en él cosas que justamente pedían enmienda y castigo, y como á mí me estaba mas el sentillo que el remediallo, acordé de no vello, y así me acogí á sagrado como hacen aquellos que dejan los vicios cuando no pueden exercellos, aunque más vale tarde que nunca.»

(1) «*Villancicos en 6 lenguas, cantados en la Iglesia de Valladolid*», por Domingo Pérez. Madrid, 1604. (Índice de los libros prohibidos y mandados expurgar. Madrid, 1790).

(2) V. mi artículo *De cómicos*, en el *Boletín de la Sociedad Castellana de Excursiones*, Marzo 1907.

(3) V. los *Estudios histórico-artísticos* de D. José Martí.

sus habitantes, y en especial de la gente cortesana para todo cuanto pueda contribuir al esplendor y lucimiento de la residencia del mayor monarca del mundo...»

Toda la nobleza de España, y muchos magnates extranjeros, se hallaban en Valladolid. Góngora dice que había

como en botica grandes alambiques
y más en ella títulos que botes.

Pinheiro cita una lista interminable de príncipes y embajadores, duques, marqueses, condes y señores. Árbitro de todo este complicado artificio, y de los destinos de España, era el Duque de Lerma, gran privado del Rey, y hombre—al decir del embajador veneciano Contareni—«ambiciosísimo, envidioso y celoso sobremañera, mudable sin género de constancia, impetuoso y furioso por extremo, y sin ningún gobierno.» Como confidentes tenía al secretario don Pedro Franqueza, conde de Villalonga, que era—dice Pinheiro—«el mejor y más capaz ministro del Rey Felipe III, y el más merecedor del alto cargo que desempeña», y á don Rodrigo Calderón, que «empezó por paje del Duque, quien luego, como entró en la privanza, le casó con una doña Inés de Vargas que tenía 30.000 cruzados de renta, y era señora de varios lugares, dama además muy hermosa y principal» (1).

Mezclándose con las brillantes fiestas que, según hemos visto, formaron larga y no interrumpida cadena, se sucedían los lances y pendencias sangrientas. Ya era el paje del Duque de Lerma muerto á puñaladas en la Platería; ya el altercado entre don Juan de Cárdenas y don Luis de Velasco, en que éste, perseguido por su rival y por el Duque de Maqueda con algunos criados, se refugió en una casa de la Plaza y cayó á un pozo; ya el alboroto promovido á unos rondadores nocturnos por el Conde de Saldaña, hijo del Duque de Lerma, en que el retador salió herido y mal parado; ya la mortal estocada que á don Gaspar de Ezpeleta, cerca de la casa de Cervantes, asestó un hombre «de mediana estatura con un ferreruero negro, largo»... Los incidentes de este género no cesaban.

(1) Este matrimonio se efectuó en La Cistèrniga. D. Juan Ortega y Rubio publicó la partida correspondiente en *Los Pueblos de la provincia de Valladolid*.

A ello contribuía mucho la gente maleante que vino en seguimiento de la corte. Los pícaros de Valladolid en nada tenían que envidiar á los que pululaban por el Zocodover de Toledo, los Percheles de Málaga, el Azoguejo de Segovia y el Compás de Sevilla; eran dignos compañeros de Chiquiznaque y Ginesillo de Pasamonte (1).

(1) Enrique Cok, en el relato de la *Jornada de Tarazona hecha por Felipe II en 1592*, dice así: «Solo falta en esta villa buenas aguas, que no tiene fuentes, la villa adentro y beven de Pisuerga, tiene en abundancia pícaros, p .., pleytos, polvos, piedras, puercos, perros, piojos, pulgas, y de continuo al tiempo del invierno nieblas, que el día quasi se iguala con la noche por mucho tiempo.»

Vicente Espinel habla en esta forma: «Quien dice en Castilla vizcaino, dice hombre sencillo, intencionado; pero yo creo que Bilbao, como cabeza de reino, y frontera ó costa, tiene y cría algunos sujetos vagamundos, que tienen algo de bellaquería de Valladolid y aun de Sevilla.» (*Escudero Marcos de Obregón, Relación primera, Descanso XXI*).

Cuando Gil Blas de Santillana llega á Valladolid, la taimada doña Camila le hace meter en el coche su equipaje, «porque en Valladolid (dijo) hay muchísimos bribones, lo cual era demasiado cierto.» (*Gil Blas de Santillana*, trad. del P. Isla; libro 1.º, cap. XVI).

El vallisoletano Diego Alfonso Velázquez de Velasco, en una primorosa imitación que hizo de *La Celestina* con el título de *La Lena ó El Celoso* (1602), se expresa en esta forma por boca de la protagonista: «Pues hallándome pobrísima, olvidada y sola, comenzándome la enojosa vejez á amenazar y salir á la cara, embotadas en ella, por mi desdicha, las herramientas del miserable trato, me volví á Valladolid, mi cara y deseada patria; y viendo yo aquí una corte destrozada, transida, y hecha capítulo general de alquimistas, acordé de tomar este oficio, con cuatro camas que alquilar, por serme como natural, que siempre la ramera muera tercera, ó mesonera: habiéndome antes informado, de que en ningún otro se hacen más negocios de honra y provecho que en éste, aunque corriendo muchas borrascas, de las que os he contado.» (*La Lena, Prólogo*).

Cervantes, en el *Coloquio de los perros*, también habla de remediar en la corte vallisoletana «la perdición tan notoria de las mozas vagamundas, que por no servir dan en malas, y tan malas, que pueblan los hospitales; de los perdidos que las siguen, plaga intolerable y que pedía presto y eficaz remedio...»

Quevedo, en su romance *Los valientes y tomajonas*, menciona á un famoso pícaro vallisoletano:

•En Valladolid la rica
campó mucho tiempo Malla,
y su Verendena goza
el reino de las gitanas.
Mandáronle encordelar

Es de notar que, entretanto, ni un sólo momento desaparecían las rivalidades entre madrileños y vallisoletanos, de las cuales se hacían eco prosistas y poetas (1). «Las madrileñas—dice Pinheiro—llaman á las de Valladolid *cazolerías*, que es como llamarlas sucias y cocineiras; ellas llaman á las madrileñas *ballenatas*, porque cuando hablan de su Manzanares, les levantan que un día que el río iba crecido, y llevaba acaso una albarda, acudieron todas diciendo que era un tiburón ó ballena. Mas ya poco á poco van emparentando, convirtiéndose

los señores la garganta,
y oliendo las entrepiernas
al verdugo, perdió el habla.»

En el Archivo de Chancillería he encontrado la siguiente mención de este Malla: «Envoltorio 469. Vallid.—De oficio de justicia con melchor de malla en una pieza.» (Índice de la Escribanía de Calvo Ibañez). Desdichadamente, no existe el legajo de referencia, que tantas noticias podría suministrar sobre el memorable guapo de Valladolid.

(1) «Preguntóle uno cuál era la mejor tierra: Respondió que la temprana y agradecida. Replicó el otro: no pregunto eso, sino que ¿cuál es mejor lugar, Valladolid ó Madrid? Y respondió: De Madrid los extremos, de Valladolid los medios. No le entiendo, repitió el que se lo preguntaba; y dijo: De Madrid, cielo y suelo; de Valladolid los entresuelos. Oyó Vidriera que dijo un hombre á otro que así como había entrado en Valladolid, había caído su mujer muy enferma, porque la había probado la tierra. A lo cual dijo Vidriera: Mejor fuera que se la hubiera comido si es celosa.» (Cervantes, *El Licenciado Vidriera*).

ANGELA

Madrid

es mi patria, corte digna
de España, madre benigna
del mundo.

LUCRECIA

Valladolid

dicen que es competidora
de su grandeza.

ANGELA

Sí fuera

si el clima y el cielo tuviera
que á Madrid hacen señora.
Mas si sus partes te alego
contestarás que es mejor:
patria es Madrid del amor
y así está fundada en fuego.
Agua los celos la han dado,
si su fuerza hace llorar,
de fuentes que pueden dar
salud al más desahuciado...

(Tirso de Molina, *La fingida Arcadia*).

las *cazoleras* en cortesananas y las cortesananas en *cazoleras*, porque dicen que al entrar en Valladolid, luego se pierden el brío que de Madrid se trae, á lo que las ballenatas responden que no es por otra cosa sino que en *Valladolid, todo caballo se vuelve rocín*» (1).

(1) Véase la comprobación de estos apodos:

«DOÑA INÉS....—¿De dónde es vuesa merced?

DOÑA JUANA.—En Valladolid nací.

DOÑA INÉS....—¿Cazolero?

DOÑA JUANA.— Tendré ansí

* más sazón.»

(Tirso de Molina, *Don Gil de las calzas verdes*, acto 1.º, escena VII),

«Ya no hay villanos en Castilla la Vieja; la frecuentación de cortesanos (digamos cazoleros y ballenatos) corrompió sus costumbres, trocó su original simplicidad en malicia y cautela ...» (Céspedes y Meneses, *El soldado Pindaro*, lib. 2.º, § VII).

«Mas ya sé por tu linaje
que te apellidas *cazueta*,
que en vez de guisados hace
desaguisados sin cuenta.
No hay sino sufrir agora
y ser en esta tormenta
nuevo Jonás en el mar
á quien trague la *ballena*».

(Quevedo, *Romance al regresar la corte á Madrid*).

«Siendo, pues, esto así, que uno solo no puede afrentar á reino provincia, ciudad, república, ni pueblo entero, queda en limpio que no hay para qué salir á la venganza del reto de la tal afrenta, pues no lo es: porque bueno sería que se matasen á cada paso los del pueblo de la reloja con quien se lo llama, ni los cazoleros, berenjeneros, ballenatos, jaboneros, ni los de otros nombres y apellidos, que andan por ahí en boca de los muchachos y de gente de poco más ó menos: bueno sería por cierto que todos estos insignes pueblos se corriesen y vengasen, y anduviesen contino hechas las espadas sacabuches á cualquier pendencia por pequeña que fuese.»

(Cervantes, *Quijote*, parte 2.ª, cap. XXVII.)

Las madrileñas siguieron siendo *ballenatas* por algún tiempo. Alarcón, en su comedia *Los favores del mundo*, dice:

¡Pobre coche el que una vez
una ballenata coge!
Piensa que el cochero es piedra
y los caballos de bronce,
y la noche, cuando viene,
lleva dos mil maldiciones,

Los poetas afectos á Madrid, menudearon sus sátiras hacia la nueva corte, señalándose en sus ataques Quevedo y Góngora. El primero, al pasar temporalmente á Madrid en 1604, escribió el conocido romance que empieza:

De Valladolid la rica
de arrepentidos de verla,
la más sonada del mundo
por romadizos que engendra;
de aquellas riberas calvas
adonde corre Pisuerga
entre frisiones nogales
por éticas alamedas (1);
de aquellas buenas salidas,
que, por salir de él, son buenas,

(1) Es raro que aquí dirija Quevedo sus tiros al Pisuerga, porque ni él mismo en otras ocasiones, ni los demás poetas, incluyeron en sus sátiras al caudaloso río. En la corriente de éste inspira el romancillo que principia:

Estaba Amarilis,
pastora discreta;

y el romance:

Mirando como Pisuerga
con líquido cristal baña...

Góngora también llevó el asunto de un romance á orillas de nuestro río:

Triste pisa y afligido
las arenas del Pisuerga
el ausente de su dama,
el desdichado Zulema...

Cervantes, que en *La Galatea* habla del «conocido Pisuerga», le dice en el *Quijote* «famoso por la mansedumbre de su corriente.»

El Príncipe de Esquilache comienza así otro de sus admirables romancillos:

Valle del Pisuerga
que entre verdes ramos
á sus claras aguas
das alegre paso...

Tirso de Molina, en la *Adversa fortuna de don Alvaro de Luna*, elogia

estas fuentes y estas sombras
del celebrado Pisuerga,
de cuyas sombras y flores
aprende la Primavera,

do á ser búcaros los barros
fuera sin fin la riqueza;
de aquel que es agora Prado
de la santa Madalena,
pudiendo ser su desierto
cuando hizo penitencia,
alegre, madre dichosa
llego á besar tus arenas,
donde sirvan de escarmiento
á los demás que navegan...

Cuando la corte regresó á Madrid, Quevedo expresó su satisfacción en el conocido cuanto intencionado romance que empieza:

No fuera tanto tu mal,
Valladolid opulenta...

En este romance salen á relucir todas las tachas de Valladolid que pudieran prestarse al equívoco y el chiste. Pero quien siempre sufrió los mayores ataques, tanto de Quevedo como de Góngora y otros escritores, fué el misero y desmedrado Esgueva, del cual dice Pinheiro que «corre por la ciudad tan sucio, tan hediondo y avergonzado, sirviendo de cloaca á costa de sus mal arropadas ropillas, que verdaderamente parece fingido Cocito, Stigio, Flagetonte, Averno ó Aqueronte, con un olor pestífero, como el que despedía el lago de Sodoma» (1).

Belmonte Bermudez, en *La renegada de Valladolid*, describe la fiesta de San Juan

en los verdes extremos
de Pisuerga, que retrata
los álamos de su orilla,
que besándola se humilla,
peinándola se dilata.

(1) Las burlas dirigidas al Esgueva fueron innumerables.

Le zahirió con mucha gracia Quevedo en el aludido romance al trasladarse la corte: Góngora le dirigió los sonetos que empiezan:

«Jura Pisuerga á fè de caballero...»
«¡Oh qué mal quisto con Esgueva quedo...»

En cierto romance (dirigido, según sospecho, á D. Pedro Franqueza), dice:

«Al pié de un álamo negro
y más que negro bozal,
pues ha tanto que no sabe
sino gemir ó callar,

Otro de los blancos preferidos para las sátiras, fueron las nieblas tan frecuentes entonces en Valladolid (1).

algo apartado de Esgueva,
porque el sucio Esgueva es tal,
que ni aun los álamos quieren
dalle sus piés á besar...»

Y su más terrible ironía la encerró en la letrilla:

«¿Qué lleva el señor Esgueva?
Yo os diré lo que lleva»,

tan sucia como graciosa, y á la cual recibió contestación en unas décimas no más limpias, que se atribuyen á Quevedo.

Belmonte Bermudez, en la comedia antes citada, dice:

«Esa historia más parece
que la has cantado al Esgueva»

Salas Barbadillo, en *El curioso y sabio Alejandro*, se expresa así: «El Esguevilla se le aplicamos á todo escribanillo, á todo porterejo de aquellos que son podencos entre once y doce. Digo podencos otra vez, pues por el olor descubren la caza que buscan, y la razón por que se le aplicamos, es considerando que es bien que estos ministros inmundos y espesos tengan por su compadre y paniaguado á este chirrión acuátil, y no digo chirrión cristalino por no manchar voz tan limpia con este asqueroso fragmento de Pisuerga.»

Un vallisoletano, Lucas Gracián Dantisco, en su curioso librito *El Galateo Español*, refiere la anécdota de «un Gentil-hombre en Valladolid, que habiendo dicho una dama fea ciertos desdenes, y que no se podía persuadir que ninguna mujer quisiese bien á hombres, parece que como ella viniese á orillas de Esgueva, á un riachuelo á donde acuden con las inmundicias del Pueblo, le respondió con este soneto:

En medio de Esgueva, entré las flores
Que el turbio río allá Pisuerga lleva,
A donde de continuo hay fruta nueva,
Estaban declamando dos Pastores.

Oh ninfa, en quien amor no causa amores
Ni hay amador que solo amor os mueva,
Siendo vos ninfa de la estrecha Esgueva,
¿Cómo podeis pasar sin servidores?
Ahora esteis en Puente, Barca ó Vado
En medio de las flores asentada,
Gustando su licor tan esmerado,
Que no es posible, oh ninfa descuidada,
Que no haya algún Pastor vuestro privado
Siendo de todo el Pueblo vos privada.»

(1) Puede juzgarse por las alusiones antes copiadas. Además, Gónzaga termina uno de sus sonetos diciendo:

«No encuentro al de Buendía en todo el año,

El edificio mejor construido no resiste á la persistencia de uno y otro ataque. Acometieron con brío á Valladolid, no solamente las sátiras de los poetas, sino también otras armas más poderosas—¿cuál puede serlo más que el dinero?,—y aquella fábrica de singular magnificencia, que parecía eterna é indestructible, comenzó á vacilar sobre sus cimientos.

al de Chinchón sí agora, y en invierno
al de Niebla, al de Nieva, al de Lodosa.

Quevedo dice en un romance:

«Fue yerro pèirme raso
en Valladolid la bella,
donde aun el cielo no alcanza
un vestido desta seda.»

Espinel, al referir la burla hecha en Valladolid á cierto individuo, dice: «Todos estos tres días de la dieta y las fricaciones, se subía á una azotea en amanecièndo, y se ponía hácia el nacimiento del sol, haciendo ciertas señales que le habían mandado contra las nieblas de Valladolid, que él hizo muy puntualmente como todo lo demás.» (*Marcos de Obregón*, Relación primera, Descanso XXI1).

Es indudable que las nieblas se daban con una frecuencia desesperante. Dice Céspedes, en «El Soldado Pindaro», que en Enero «la escasa luz del sol el día que se muestra en Valladolid conmueve y alborota la gente que sale á festejarle.»

V

Reclamaciones de los madrileños.—La salud en la Corte.—Juntas de médicos.—Epidemias en toda España.—Felipe III en Ampudia.—Comisión de Madrid.—Dádivas quebrantan peñas.—Vuelve la Corte á Madrid.

Los partidarios de Madrid clamaban sin descanso porque la Corte se reivindicase á aquella villa, alegando como principal argumento la mala salud que en Valladolid reinaba. A decir verdad, el estado sanitario de la capital castellana, durante la estancia de los Reyes, dejaba bastante que desear. Habían muerto no pocos individuos de la nobleza, y la familia real no se veía libre de padecimientos: amén de la gravedad de doña Margarita, la infanta Ana Mauricia había sufrido pertinaces tercianas, descontando los achaques del monarca, que se atribuían á «habérsele quitado el usagre que solía tener», en el cual, por cierto, le heredaron sus dos hijos.

La muerte del mayor de los príncipes de Saboya, acaecida en Febrero de 1605, y la enfermedad del conde de Miranda, sirvieron á los madrileños para arreciar en sus afirmaciones.

Reunióse junta de médicos, «y como el doctor Mercado, el principal de ellos—dice Cabrera—es de aquí (1), defiende lo contrario, y los demás le siguen, aunque lo entienden de otra manera.» Por su parte el municipio vallisoletano comisionó á los doctores Soria y Martínez Polo para que informasen sobre la salubridad de la capital, y ambos hicieron saber, á 21 de Febrero, que Valladolid era población muy sana, «sin que hubiese abido ni aber causa ni fundamento para entenderse lo contrario» (2).

(1) No era de Valladolid, sino de León, como lo demuestra su grado de doctor, que he publicado en la *Revista Contemporánea*; pero es lo cierto que profesaba gran cariño á Valladolid, su patria adoptiva.

(2) *Arch. del Ayunt. L. de Acuerdos 1604-1605, s. f.*

No obstante esto, Cabrera, que se inclinaba al bando madrileño, decía á 3 de Septiembre lo siguiente: «Todavía dura la falta de salud en esta ciudad, y se ha observado que los enfermos han mejorado en los menguantes de la luna, echándose la culpa á los efectos del eclipse del año pasado; pero dicen que para Octubre se habrán acabado, y cesarán las enfermedades, de las cuales se escribían tan diferentes nuevas adonde estaban sus magestades, que mandaron sacar relación en las parrochias por dos vecinos, y aun en esto faltó la conformidad, porque los naturales favorecían la salud de la ciudad, y los cortesanos acrecentaban los enfermos, por estar con disgusto aquí, y por esto se pudo tener por sospechosa la relación que hicieron. Todavía se dijo que desde San Juan acá habían muerto cerca de mil personas, y que estaban enfermos ochocientos cincuenta, y de tabardillo ciento treinta, que es lo que ha hecho mucho daño; pero los más son gente pobre, mal acomodada y mantenida. El rio de Esgueva que pasa por medio de la ciudad, y la tiene limpia de inmundicias, ha más de dos meses que no corre agua por él, y Pisuerga va muy bajo, como ha dejado de llover desde el invierno pasado cosa que haya sido de consideración, y así se desea el agua para bien de la tierra y remedio de la salud.»

Todo esto sería muy cierto, pero no lo era menos que el resto de España se hallaba en peores condiciones sanitarias; que había epidemia en Sevilla, Córdoba, Málaga, Gibraltar, San Sebastián y otros puntos; y que en Madrid la mortalidad alcanzaba un número tan elevado, por lo menos, como en Valladolid. De modo que ni esta causa, ni el alejamiento de Valladolid respecto á las demás ciudades españolas—cuando precisamente Felipe III alejaba aún más la Chancillería mandándola á Burgos—podían ser suficientes para aconsejar un nuevo traslado.

Acaso la preocupación de las enfermedades influyese algo en Felipe III para su resolución; pero más fácil es que se decidiese al traslado pareciéndole ya la vida de Valladolid monótona y cansada, y cediendo, sobre todo, á un argumento poderosísimo de que echaron mano los madrileños. El lunes 17 de Enero marchó á la villa de Ampudia con su esposa; allí se le presentaron el corregidor de Madrid y cuatro regidores, haciéndole consideraciones sobre la conveniencia del

traslado y ofreciéndole 250.000 ducados en diez años, así como la sexta parte en los alquileres de las casas por igual tiempo. No titubeó el Monarca, sin duda porque el convenio estaba ya hecho bajo cuerda, y desde luego manifestó á los madrileños su aceptación.

El Duque de Lerma, versátil y tornadizo, dando al olvido sus mutuos cariños con Valladolid, fué parte en la decisión de D. Felipe, en vista de que la villa del oso y el madroño también se mostraba con él generosa. A lo menos un autor dice que á la mudanza «contribuyó mucho el Duque de Lerma, por causas justísimas que hubo para ello; en cuyo reconocimiento la villa de Madrid hizo donación al Duque de Lerma de todo el terreno que ocuparon las casas que se labraron en la Carrera del Prado de San Gerónimo» (1).

Decretada la vuelta de la Corte á Madrid, sólo de paso estuvieron en Valladolid los Reyes. El día 4 de Marzo entraron en la villa del Manzanares, que los recibió llena de júbilo. Y, entretanto, la abandonada Corte quedaba triste, muda, apenada, zaherida por muchos poetas y defendida por algunos (2), sin otro recuerdo de su fugaz esplendor que las deudas adquiridas por el Municipio y la ruina de unos cuantos propietarios que veían sus casas sin inquilinos, como jaula sin pájaros.

(1) *Memorias para la Historia de don Felipe III...* por don Juan Yáñez.

(2) *Quatro Romances de la mudança de la Corte y grandezas de Valladolid. Impresso con licencia en Salamanca este presente año de 1606.*

Segundo quaderno de quatro Romances en alabança de Madrid y Valladolid, y despedida de los Cortesanos. Con licencia en Alcalá este año 1606. He reimpresso este pliego y el anterior, con notas aclaratorias. (Valladolid, 1908).

El consuelo que en montañas haze a las Ciudades de Valladolid, y Burgos, y Montañas de Castilla la vieja en la ausencia de la Corte. Con una Satyra a los Poetas que han tratado mal la insigne y noble Valladolid. Impresso con licencia en Alcalá, en casa de Iuan Gracian que sea en gloria. Año 1606.

Carta consolatoria que el principado de Asturias envia á Valladolid sobre la mudanza de la corte. Alcalá, Juan Gracian, 1606.

Tres romances de Asturias de Oviedo... El tercero de una carta de consuelo, que el mismo Principado embia á Valladolid, sobre la mudança de la Corte... Compuesto por Diego Suarez, natural de las mismas Montañas y su Concejo de Liena, Valle de Turon, lugar de Oruies, Soldado, y vezino de las Plaças de Oran en Africa.— Impresso con licencia, en Alcalá, en casa de Iuan Gracian, que sea en gloria, año 1607.

Dos Romances de la partida y despedimiento de la Real Chancillería, que reside en la Ciudad de Burgos, que se torna á Valladolid, y los razonamientos de los Patrones y defensores de la dicha Ciudad. Juntamente con un casamiento de una vieja de setenta años, con un viejo de ochenta y quatro. Compuesto por Iuan de Céspedes. Madrid, Juan Serrano de Vargas, 1606.



Verificado el ejercicio de lectura y discusión de la presente Memoria el día 23 de Junio de 1908, ante el Tribunal formado por D. Juan Ortega Rubio (Presidente), D. Eduardo de Hinojosa, don Miguel Asín y Palacios, D. Pío Zabala Lera y D. Juan Gutiérrez Garijo, fué calificado con la nota de Sobresaliente por unanimidad.

